BOLETIN ECLESIASTICO

ORGANO INFORMATIVO DE LA ARQUIDIOCESIS DE QUITO

AÑO C SEPTIEMBRE Y OCTUBRE DE 1993 • Nos. 9 y 10



Esta mujer nueva vivió como una pequeña planta a la sombra de San Francisco, que la condujo a las cimas de la perfección cristiana". Nació hace ochocientos años.

BOLETIN ECLESIASTICO

ORGANO INFORMATIVO DE LA ARQUIDIOCESIS DE QUITO

AÑO C SEPTIEMBRE Y OCTUBRE DE 1993 • Nos. 9 y 10

DIRECTOR:
Rvmo. Sr.
Héctor Soria S.
Telf.: 210 703
Apartado 17-01-00106

ADMINISTRADORA:
Hna. Regina Córdova
Telf.: 214 429
Apartado 17-01-00106

Suscripción anual
dentro del país
S/. 5.000,oo
Fuera del país
US $ 50,00

SE ACEPTAN
CANJES

Textos, arte y diagramación.
Mora & Asociados
Telf : 438 866

Editorial

El 25º Aniversario de la Encíclica "Humanae Vitae"

Uno de los más importantes documentos pontificios del Papa Pablo VI, la Carta Encíclica "Humanae Vitae", fue publicado el 25 de julio de 1968, en el sexto año de su pontificado. Por tanto, el 25 de julio de este año de 1993 se cumplió el 25º aniversario de la publicación y promulgación de aquella célebre Encíclica, que lleva el nombre de las dos primeras palabras de su texto latino, "Humanae Vitae". La primera frase del texto castellano de la Encíclica es la siguiente: "El gravísimo deber de transmitir la vida humana", porque el documento pontificio trata "sobre la regulación de la natalidad". La "Humanae Vitae" expone con claridad la doctrina y orientación moral de la Iglesia Católica frente a los problemas surgidos del rápido desarrollo demográfico, que ha suscitado el temor de que la población mundial aumente más rápidamente que las reservas de que dispone; del aprecio que se debe dar al significado de los actos conyugales en relación con el amor conyugal y de los progresos estupendos que el hombre ha llevado a cabo en el dominio de las fuerzas de la naturaleza, hasta extender y aplicar ese dominio al cuerpo, a la vida psíquica y hasta las leyes que regulan la transmisión de la vida. Frente al progreso de la ciencia en

la invención de medios anticonceptivos, como la píldora, algunos sectores de la Iglesia esperaban un cambio de postura del magisterio eclesiástico, hasta el punto de legitimar en algunos casos el uso de algunos de esos medios de la contracepción. Por esta razón la Encíclica "Humanae Vitae" fue uno de los documentos pontificios que más recibió los embates de la contestación.

Sin embargo, si consideramos la "Humanae Vitae" con serenidad y ponderación en la perspectiva de los veinticinco años transcurridos, podemos apreciar su valor profético en la defensa de la vida humana, en la reafirmación de la dignidad y libertad de los esposos en el ejercicio de una paternidad responsable, y en el respeto a la naturaleza íntima de la persona y a la naturaleza en su conjunto.

La Encíclica "Humanae Vitae" defiende con decisión la vida humana frente a la amplia promoción mundial de la planificación familiar mediante la inducción psicológico-cultural y legal del así llamado paquete de la muerte: anticoncepción, aborto y esterilización. En defensa de la vida humana declara la "Humanae Vitae": "Al igual que el hombre no tiene un dominio ilimitado sobre su cuerpo en general, del mismo modo tampoco lo tiene, con más razón, sobre las facultades generadoras en cuanto tales, en virtud de su ordenación intrínseca a originar la vida, de la que Dios es principio". "La vida humana es sagrada —recordaba Juan XXIII— desde su comienzo, compromete directamente la acción creadora de Dios". Por ello hay que excluir absolutamente, como vía lícita

para la regulación de nacimientos, la interrupción directa del proceso generador ya iniciado y, sobre todo, el aborto directamente querido y procurado, aunque sea por razones terapéuticas". (H. V. 14). "Hay que excluir igualmente la esterilización directa, perpetua o temporal, tanto del hombre como de la mujer", porque sería mutilación de la vida o de seres vivos. "Queda además excluida toda acción que, en previsión del acto conyugal, o en su realización, o en el desarrollo de sus consecuencias naturales, se proponga, como fin o como medio, hacer imposible la procreación", porque sería cerrar la fuente de la vida.

El valor profético de la "Humanae Vitae" consiste en que es un documento pontificio que defiende la dignidad, la libertad y la responsabilidad de los esposos como personas humanas, frente a la imposición de la anticoncepción que se ha difundido en todo el mundo gracias a financiaciones que por sí mismas bastarían para saciar a las poblaciones pobres. "Al defender la moral conyugal en su integridad, la Iglesia sabe que contribuye a la instauración de una civilización verdaderamente humana; ella compromete al hombre a no abdicar la propia responsabilidad para someterse a medios técnicos; defiende con esto mismo la dignidad de los cónyuges". (H. V. 18). "El amor conyugal exige a los esposos una conciencia de su misión de "paternidad responsable" sobre la que hoy tanto se insiste con razón y que hay que comprender exactamente".

La "Humanae Vitae" habla también de un respeto a la

naturaleza, de un conocimiento y respeto de los procesos biológicos, de las leyes biológicas que forman parte de la persona humana. (H.V. 10). El respeto a la naturaleza de que habla la "Humanae Vitae" es respeto a la totalidad de la persona contra todo dualismo y es tutela de la naturaleza íntima de la persona como preludio del respeto a la naturaleza en su conjunto frente a la amenaza del despojo y del instinto de rapiña, propio del pensamiento utilitario.

El mensaje implícito en la "Humanae Vitae" y explicitado en la "Centesimus annus" dice que, para resolver el problema del supuesto conflicto entre recursos y humanidad en crecimiento hay que recorrer el camino de una solidaridad nueva capaz de establecer la ecología humana y la responsabilidad de cada persona ante el mundo entero.

Se piensa que esa novedad acerca de la vida humana ya ha comenzado, no sólo en la actitud cada vez más difundida entre los jóvenes, de respeto a la vida más vigilante y de rechazo a la muerte provocada, sino también en las parejas que desean una procreación responsable inspirada en el conocimiento y el respeto de los ritmos naturales, con el consecuente rechazo de la medicación lucrosa y comercializada del sexo.

El secretario del Pontificio Consejo para la familia dice: "No es, pues, pura utopía de la doctrina de la "Humanae Vitae", sino profecía que lleva en sí la promesa de una época mejor, presente ya en el horizonte como el alba de la mañana de un nuevo día".



DOCUMENTOS DE LA SANTA SEDE

Una vida hecha Eucaristía

Mensaje del Santo Padre a las Clarisas sobre su santa fundadora

Queridas religiosas de vida contemplativa:

1. Hace ochocientos años nacía Clara de Asís en el seno de la familia del noble Favarone di Offreduccio.

Esta *mujer nueva,* como han escrito refiriéndose a ella en una carta reciente los ministros generales de las familias franciscanas, vivió como una *pequeña planta* a la sombra de san Francisco, que la condujo a las cimas de la perfección cristiana. La celebración de esta criatura verdaderamente evangélica quiere ser, sobre todo, una invitación al redescubrimiento de la contemplación, de ese itinerario espiritual del que sólo los místicos tienen una experiencia profunda. Quien lee su antigua biografía y sus escritos —la *Forma de vida,* el *Testamento* y las *cuatro cartas* que se han conservado de las muchas dirigidas a santa Inés de Praga— penetra hasta tal punto en el misterio de Dios, uno y trino, y de Cristo, Verbo encarnado, que permanece casi deslumbrado. Esos escritos están tan marcados por el amor que en ella suscitó el mirar ardorosa y prolongadamente a Cristo, el Señor, que no es fácil rèferir lo que sólo un corazón de mujer pudo experimentar.

2. El itinerario contemplativo de Clara, que se concluirá con la visión del «Rey de la gloria» (*Proc.* IV, 19: *FF* 3.017), comienza precisamente con su entrega total al Espíritu del Señor, como hizo María en la Anunciación. Es decir, comienza con el espíritu de pobreza (*cf. Lc* 1, 48) que no deja nada en ella, salvo la simplicidad de su mirada fija en Dios.

Para Clara la pobreza —tan amada y citada en sus escritos— es la riqueza del alma que, despojada de sus bienes propios, se abre al «Espíritu del Señor y a su santa obra» (cf. *Reg. S. Ch.* X, 10: *FF* 2.811), como un recipiente vacío en el que Dios puede derramar la abundancia de sus dones. El paralelismo entre María y Clara aparece en el primer escrito de san Francisco, en la *Forma vivendi* dada a Clara: «Por inspiración divina os habéis hecho hijas y siervas del altísimo y sumo Rey, el Padre celestial, y os habéis desposado con el Espíritu Santo, eligiendo vivir según la perfección del

santo Evangelio» (*Forma vivendi*, en *Reg. S. Ch.* VI, 3: *FF* 2.788).

A Clara y sus hermanas se las llama *esposas del Espíritu Santo:* término inusitado en la historia de la Iglesia, donde la religiosa, la monja siempre es calificada como *esposa de Cristo.* Pero resuenan aquí algunos términos del relato lucano de la Anunciación (cf. *Lc* 1, 26-38), que se transforman en palabras-clave para expresar la experiencia de Clara: el *Altísimo*, el *Espíritu Santo*, el *Hijo de Dios*, la *sierva del Señor*, y, en fin, el *cubrir con su sombra*, que para Clara es la velación, cuando sus cabellos, cortados, caen a los pies del altar de la Virgen María en la Porciúncula, «casi delante del tálamo nupcial» (cf. *Legg. S. Ch.* 8: *FF* 3.170-3.172).

3. La *obra del Espíritu del Señor*, que se nos dona en el bautismo, consiste en reproducir en el cristiano el rostro del Hijo de Dios. En la soledad y el silencio, que Clara elige como forma de vida para ella misma y para sus hermanas entre las paredes paupérrimas de su monasterio, a mitad de camino entre Asís y la Porciúncula, se disipa la cortina de humo de las palabras y las cosas terrenas, y se hace realidad la comunión con Dios: amor que nace y se entrega.

Clara, tras contemplar en la oración al Niño de Belén, exhorta con las siguientes palabras: «Dado que esta visión de él es explendor de la gloria eterna, fulgor de la luz perenne y espejo sin mancha, lleva cada día tu alma a este espejo... Mira la pobreza de aquel que fue recostado en un pesebre y envuelto en pobres pañales. ¡Oh admirable humildad y pobreza, que produce asombro! ¡El Rey de los ángeles, el Señor del cielo y de la tierra, está recostado en un pesebre!» (*Cartas* IV, 14. 19-21: *FF* 2.902 - 2.904).

Ni siquiera se da cuenta de que también su seno de virgen consagrada y de «virgen pobrecilla» unida a «Cristo pobre» (cf. *Cartas* II, 18: *FF* 2.878) se convierte, por medio de la contemplación y la transformación, en cuna del hijo de Dios (*Proc.* IX, 4: *FF* 3.062). En un momento de gran peligro, cuando el monasterio está a punto de caer en manos de las tropas sarracenas reclutadas por el emperador Federico II, la voz de este Niño, desde la Eucaristía, la tranquiliza: «¡Yo os protegeré siempre!» (*Ledd, S. Ch.* 22: *FF* 3.202).

La noche de Navidad de 1252, el Niño Jesús transporta a Clara lejos de su lecho de enferma, y el amor, que carece de lugar y tiempo, la envuelve en una experiencia mística que la introduce en la profundidad infinita de Dios.

4. Si Catalina de Siena es la santa llena de pasión por la sangre de Cristo; si Teresa la Grande es la mujer que va de «morada» en «morada» hasta llegar al umbral del gran Rey en el Castillo interior; y si Teresa del Niño Jesús es la que recorre con sencillez evangélica el caminito, Clara es la *amante apasionada del Crucificado pobre*, con quien quiere identificarse totalmente.

En una de sus cartas se expresa de la siguiente manera: «Mira que El por ti se ha hecho objeto de desprecio, y sigue su ejemplo, haciéndote, por amor suyo, despreciable en este mundo. Mira... a tu Esposo, el más hermoso de entre los hijos de los hombres, que por tu salvación se hizo el más vil de los hombres, despreciado, maltratado y flagelado repetidamente en todo el cuerpo, e incluso agonizante entre los dolores más terribles en la cruz. Medita, contempla y trata de imitarlo. Si con El sufres, con El reinarás; si con El lloras, con él gozarás; si con El mueres en la cruz de la tribulación, poseerás con El las moradas celestiales en el esplendor de los santos, y tu nombre quedará escrito en el libro de la vida...» (*Cartas* II, 19 - 22: *FF* 2.879 - 2.880).

Clara, que ingresó en el monasterio cuando tenía apenas 18 años, muere allí a los 59, tras una vida de sufrimientos, oración constante, austeridad y penitencia. Por este *deseo ardiente del Crucificado pobre* nada le pesará jamás, hasta el punto de que, ya agonizante, dijo a fray Reinaldo, que la asistía «en el largo martirio de tan graves enfermedades»...: «Desde que conocí la gracia de mi Señor Jesucristo por medio de su siervo Francisco, ninguna pena me ha resultado molesta y ninguna penitencia, gravosa; ninguna enfermedad me ha resultado dura, hermano querido» (*Legg. S. Ch.* 44: *FF* 3.247).

5. Pero Cristo, al sufrir en la cruz, también refleja la gloria del Padre y atrae hacia sí en su Pascua a quien lo ha amado hasta compartir sus sufrimientos por amor.

La frágil joven de 18 años que, al huir de su casa la noche del domingo de Ramos del año 1212, se lanza sin titubear a esa nueva experiencia, creyendo solo en el Evangelio que le indicó Francisco, completamente sumergida con los ojos del rostro y con los del corazón en el Cristo pobre y crucificado, experimenta esta unión que la transforma: «Coloca tus ojos —escribe a Inés de Praga— ante el espejo de la eternidad, coloca tu alma en el esplendor de la gloria, coloca tu corazón en aquel que es figura de la sustancia divina y transfórmate totalmente, por medio de la contemplación, en la imagen de su divinidad. Entonces también tú experimentarás

lo que está reservado únicamente a sus amigos, y gustarás la dulzura secreta que Dios mismo ha reservado desde el inicio a los que lo aman. Sin conceder ni siquiera una mirada a las seducciones, que en este mundo falaz y agitado tienden lazos a los ciegos para atraer hacia ellas su corazón, con todo tu ser ama a aquel que por tu amor se entregó» (*Cartas* III, 12 - 15: *FF* 2.888 - 2.889).

Entonces el duro tálamo de la cruz se convierte en el dulce tálamo de boda y la *recluida para siempre por amor* encuentra los tonos más apasionados de la Esposa del cántico: «¡Atráeme hacia ti, oh Esposo celestial!... Correré sin cansarme jamás, hasta que me introduzcas en tu celda» (*Cartas* IV, 30 - 32: *FF* 2.906).

Encerrada en el monasterio de San Damián, en una vida marcada por la pobreza, el cansancio, la tribulación y la enfermedad, pero también por una comunión fraterna tan intensa que, en el lenguaje de la *Forma de vida*, recibe el nombre de «santa unidad» (*Bula inicial*, 18: *FF* 2.749), Clara siente la alegría más pura que se haya concedido experimentar a una criatura: la de vivir en Cristo la unión perfecta de las tres Personas divinas, entrando casi en el circuito inefable del amor trinitario.

6. La vida de Clara, bajo la guía de Francisco, no fue una vida eremítica, aunque fue contemplativa y de clausura. Alrededor de ella, que quería vivir como las aves del cielo y los lirios del campo (*Mt* 6, 26, 28), se reunió un primer núcleo de hermanas, contentas sólo con Dios. Esta *pequeña grey*, que rápidamente fue aumentando —en agosto de 1228 los monasterios de las clarisas eran al menos 25 (cf. *Cartas del cardenal Reinaldo: AFH* 5, 1912, pp. 444 - 446)— no alimentaba ningún temor (cf. *Lc* 12, 32): la fe era para ellas motivo de tranquilidad y seguridad frente a todo peligro. Clara y las hermanas tenían un corazón tan grande como el mundo: como contemplativas, intercedían por toda la humanidad. Como almas sensibles a los problemas cotidianos de cada uno, sabían hacerse cargo de toda aflicción: no había ninguna preocupación, ningún sufrimiento, ninguna angustia o desesperación ajena que no hallara eco en su corazón de mujeres entregadas a la oración. Clara lloró y suplicó al Señor por la amada ciudad de Asís, asediada por las tropas de Vitale di Aversa, y logró que la ciudad fuera librada de la guerra. Oraba todos los días por los enfermos y muchas veces los curaba con el signo de la cruz. Persuadida de que solo tiene vida apostólica quien se sumerge en el pecho desgarrado de Cristo crucificado, escribía a Inés de Praga con las palabras de san Pablo: «Te considero colaboradora de Dios mismo (*Rm* 16, 3) y apoyo de los miembros débiles y vacilantes de su Cuerpo inefable» (*Cartas* II, 8: *FF* 2.886).

7. También gracias a un tipo de iconografía que tuvo mucho éxito a partir del siglo XVII, a Clara de Asís se la representa a menudo con el ostensorio en la mano. El gesto recuerda, aunque en una actitud más solemne, la realidad humilde de esta mujer que, ya muy enferma, se postraba, sostenida por dos hermanas, ante el tabernáculo de plata que contenía la Eucaristía (cf. *Legg. S. Ch.* 21: *FF* 3.201), colocado delante de la puerta del refectorio, donde estaba a punto de irrumpir la furia de las tropas del emperador. Clara vivía de ese pan, aunque, según las costumbres de su tiempo, solo lo podía recibir siete veces al año. En el lecho de su enfermedad bordaba corporales y los mandaba a las iglesias pobres del valle de Espoleto.

En realidad, toda la vida de Clara era una *eucaristía,* porque —al igual que Francisco— elevaba desde su clausura una continua *acción de gracias* a Dios con la oración, la alabanza, la súplica, la intercesión, el llanto, el ofrecimiento y el sacrificio. Acogía y ofrecía todo al Padre en unión con la infinita *acción de gracias* del Hijo unigénito, niño, crucificado, resucitado y vivo a la derecha del Padre.

Queridas hermanas, en este aniversario jubilar, la atención de toda la Iglesia se dirige con mayor interés a la figura luminosa de vuestra madre amadísima. Vuestra mirada debe fijarse en ella con mayor fervor, a fin de que su ejemplo os estimule a intensificar vuestra correspondencia a las gracias del Señor, mediante la entrega diaria a ese compromiso de vida contemplativa, de la que la Iglesia obtiene tanta fuerza para su acción misionera en el mundo de hoy.

Cristo, nuestro Señor, sea vuestra luz y la alegría de vuestro corazón.

Con estos deseos, en señal de afecto profundo, os imparto a todas una especial bendición apostólica.

Dado en el Vaticano, el 11 de agosto —memoria litúrgica de santa Clara de Asís—, de 1993, décimo quinto año de mi pontificado.

Joannes Paulus PP. II

Carta del Santo Padre a los obispos de los Estados Unidos

Venerables y queridos hermanos obispos de los Estados Unidos

«¡Ay del mundo por los escándalos!» (*Mt* 18, 7).

En los últimos meses he tenido noticia de lo mucho que vosotros, los pastores de la Iglesia que está en los Estados Unidos, junto con todos los fieles, estáis sufriendo a causa de algunos escándalos provocados por miembros del clero. Con frecuencia, durante las visitas *ad limina*, la conversación ha tratado acerca de este problema de cómo los pecados de los eclesiásticos han herido la sensibilidad moral de muchos y se han transformado en ocasión de pecado para otros. La palabra evangélica «¡Ay!» tiene un significado particular, de manera especial cuando Cristo la aplica a *los casos de escándalo y, sobre todo, al escándalo «de los pequeños»* (cf. *Mt* 18, 6). ¡Cuán severas son las palabras de Cristo, cuando habla de ese escándalo! Muy grave debe ser ese pecado si «al que escandalice a uno de estos pequeños que creen en mí, más le vale que le cuelguen al cuello una de esas piedras de molino que mueven los asnos, y le hundan en lo profundo del mar» (*Mt* 18, 6).

La mayor parte de los obispos y de los sacerdotes son fieles seguidores de Cristo, fervientes trabajadores en su viña, y hombres profundamente sensibles a las necesidades de sus hermanos y hermanas. Por esto yo, al igual que vosotros, me siento profundamente afligido, cuando parece que las palabras de Cristo se pueden aplicar a algunos ministros del altar. Dado que Cristo los llama sus *amigos* (cf. *Jn* 15, 15), su pecado —el pecado de escandalizar a los inocentes— entristece de manera especial su corazón. Por ello, comparto plenamente vuestra tristeza, vuestro sufrimiento, y de manera especial vuestra preocupación por las víctimas tan seriamente perjudicadas por esos delitos.

Todo pecador que sigue el camino del arrepentimiento, la conversión y el perdón puede invocar la misericordia de Dios, y vosotros debéis animar y asistir de manera especial a quienes se hayan descarriado, para que se reconcilien y encuentren la paz de la conciencia. Existe también el problema de *los medios humanos con que se ha de responder a ese mal*. Las penas canónicas previstas para ciertas ofensas y que dan expresión social a la desaprobación del mal están plenamente justificadas, pues

ayudan a mantener clara la distinción entre el bien y el mal, y contribuyen al comportamiento moral y a crear una conciencia adecuada de la gravedad del mal. Como sabéis, se acaba de crear una comisión de expertos de la Santa Sede y de la Conferencia Episcopal con el fin de estudiar cómo aplicar del mejor modo posible las normas canónicas universales a la situación particular de los Estados Unidos.

Quisiera atraer vuestra atención hacia otro aspecto de toda la cuestión. Aun reconociendo el derecho a la debida libertad de información, *no se puede permitir que el mal moral se convierta en ocasión de sensacionalismo.* La opinión pública, a menudo, se alimenta de sensacionalismo y a ello contribuyen especialmente los medios de comunicación social. En efecto, la búsqueda del sensacionalismo conduce a la pérdida de algo que es esencial para la moralidad de la sociedad, pues se lesiona el derecho fundamental de los individuos a no quedar fácilmente expuestos al ridículo ante la opinión pública e, incluso, se crea una imagen deformada de la vida humana. Además, haciendo a la ofensa moral objeto de sensacionalismo, sin referencia a la dignidad de la conciencia humana, se actúa en una dirección opuesta de hecho a la búsqueda del bien moral. Existen pruebas suficientes de que el predominio de la violencia y la inmoralidad en los medios de comunicación social se ha convertido en fuente de escándalo. El mal, efectivamente, puede ser sensacional, pero el *sensacionalismo* que lo rodea es siempre *peligroso para la moralidad.*

Por ello, las palabras de Cristo acerca del escándalo se aplican también a todas esas personas e instituciones, a menudo anónimas, que, mediante el sensacionalismo, de varias maneras abren la puerta al mal en la conciencia y en el comportamiento de amplios sectores de la sociedad, sobre todo entre los jóvenes, que son especialmente vulnerables. *¡Ay del mundo por los escándalos!* ¡Ay de las sociedades en que el escándalo se transforma en un acontecimiento diario!

Así pues, venerables hermanos, os encontráis frente a una doble responsabilidad grave: con respecto a los eclesiásticos que causan el escándalo y sus víctimas inocentes, pero también con respecto a toda la sociedad amenazada sistemáticamente por los escándalos y responsables de ellos. Es necesario realizar un gran esfuerzo para detener la trivialización de las grandes obras de Dios y del hombre.

Os exhorto a reflexionar juntamente con los sacerdotes, vuestros colaboradores, y los laicos, y a responder con todos los medios que estén a vuestra disposición. Entre esos medios, *el primero y el más importante es la oración:* una oración ardiente,

humilde y confiada.

Esta triste situación debe colocarse en un marco que no es exclusivamente humano; no debe considerarse algo trivial. La oración nos hace conscientes de que todo —incluso el mal— encuentra en *Dios su punto de referencia* principal y definitivo. En él todo pecador puede levantarse de nuevo. De ese modo, el pecado no se transformará en una causa infausta de sensacionalismo, sino más bien en ocasión para una llamada interior, pues Cristo dijo: «Convertíos» (*Mt* 4, 17). «El Señor está cerca» (*Flp* 4, 5).

Sí, queridos hermanos, América tiene necesidad de orar mucho *para no perder su alma*. Nos encontramos unidos en esta oración, recordando las palabras del Redentor: «Velad y orad, para que no caigáis en tentación» (*Mc* 14, 38). Cristo, el buen pastor, nos exhorta a tener esta actitud cuando dice: «¡Animo!: yo he vencido al mundo» (*Jn* 16, 33). Unido a vosotros en la firme convicción de que nuestro Salvador es siempre fiel en cuidar de su pueblo y no dejará de daros la fuerza necesaria para cumplir vuestro ministerio pastoral, encomiendo al clero, los religiosos y los fieles laicos de vuestras diócesis a la amorosa intercesión de María, su Madre inmaculada. Con afecto fraterno en Jesucristo, imparto mi bendición apostólica.

Vaticano, 11 de junio de 1993

Joannes Paulus PP. II

El Papa viene a traeros un mensaje de esperanza, solidaridad y amor

Discurso del Papa a los representantes de los indígenas en Izamal, 11 de agosto, con motivo de su visita pastoral a México.

Amadísimos hermanos y hermanas, representantes de los pueblos indígenas del continente americano:

1. Siento un gran gozo por estar hoy con vosotros en Yucatán, espléndido exponente de la civilización maya, para tener éste encuentro tan deseado por mí, con el que quiero *rendir homenaje a los pueblos indígenas de América.*

Era mi deseo haber realizado esta peregrinación a uno de los lugares más representativos de la gloriosa cultura maya, en octubre del año pasado, como momento relevante de la conmemoración del V Centenario de la llegada del Evangelio al nuevo mundo. Hoy aquel vivo anhelo se hace realidad y doy fervientes gracias a Dios, rico en misericordia, que me permite compartir esta jornada con los descendientes de los hombres y mujeres que poblaban este continente cuando la cruz de Cristo fue plantada aquel 12 de octubre de 1492.

La Iglesia os ama

2. A vosotros, queridos hermanos y hermanas que habéis acudido a esta cita en Izamal, presento, pues, mi saludo lleno de afecto junto con mi palabra de aliento. Pero mi mensaje de hoy no se dirige sólo a los aquí presentes, sino que va más allá de los confines geográficos de Yucatán *para abrazar a todas las comunidades, etnias y pueblos indígenas de América:* desde la península de Alaska hasta la Tierra del Fuego.

En vuestras personas veo con los ojos de la fe a las generaciones de hombres y mujeres que os han precedido a lo largo de la historia, y deseo expresaros una vez más *todo el amor que la Iglesia os profesa.* Sois continuadores de los pueblos tupiguaraní, aymara, maya, quechua, chibcha, náhuatl, mixteco, araucano, yano-

mani, guajiro, inuit, apache y tantísimos otros que han sido creadores de gloriosas culturas, como la azteca, maya, inca. Vuestros valores ancestrales y vuestra visión de la vida, que reconoce la sacralidad del ser humano y del mundo, os llevaron, gracias al Evangelio, a abrir el corazón a Jesús, que es «el camino, la verdad y la vida» (*Jn* 14, 6).

Un saludo especial, lleno de afecto, dirijo a los numerosos sacerdotes, religiosos, religiosas y seminaristas indígenas, cuya presencia en Izamal nos llena de gozo e infunde viva esperanza en toda la Iglesia como protagonistas y ministros en la urgente tarea de la nueva evangelización de sus propias comunidades y etnias.

La compasión de Jesús

3. Vengo a esta bendita tierra del Mayab en nombre de Jesucristo, pobre y humilde, que nos dio como señal de su realidad mesiánica el anuncio de la buena nueva a los pobres (cf. *Mt* 11, 6); de este Jesús que sentía compasión por las muchedumbres, que venían de todas partes a escuchar su palabra, «porque estaban fatigados y abatidos como ovejas que no tienen pastor» (*Mt* 9, 36). Vengo para cumplir la misión que he recibido del Señor de confirmar en la fe a mis hermanos (cf. *Lc* 22, 32). Vengo a traeros un mensaje *de esperanza, de solidaridad, de amor*.

Al veros, queridos hermanos y hermanas, mi corazón se eleva en acción de gracias a Dios *por el don de la fe que*, como gran tesoro, cultivaron vuestros antepasados, y que vosotros tratáis de encarnar en la vida y transmitir a vuestros hijos. Me vienen a los labios las palabras de Jesús: «Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios y prudentes y se las has revelado a los pequeños» (*Mt* 11, 25). Esta plegaria de Cristo *resuena hoy con eco particular en Izamal*, porque a los sencillos de corazón quiso Dios manifestar las riquezas de su Reino.

Defensa de los indios

4. Desde los primeros pasos de la evangelización, la Iglesia católica, fiel al Espíritu de Cristo, fue *defensora infatigable de los indios*, protectora de los valores que había en sus culturas, promotora de humanidad frente a los abusos de colonizadores a veces sin escrúpulos, que no supieron ver en los indígenas a hermanos e hijos del mismo Padre Dios. La denuncia de las injusticias y atropellos, hecha por Bartolomé

de Las Casas, Antonio de Montesinos, Vasco de Quiroga, José de Anchieta, Manuel de Nóbrega, Pedro de Córdoba, Bartolomé de Olmedo, Juan del Valle y tantos otros, fue como un clamor que propició una legislación inspirada en el reconocimiento del valor sagrado de la persona y, a la vez, *testimonio profético contra los abusos cometidos en la época de la colonización*. A aquellos misioneros, que el documento de Puebla califica como «intrépidos luchadores por la justicia y evangelizadores de la paz» (n. 8), no los movían ambiciones terrenas ni intereses personales, sino el urgente llamado a evangelizar a unos hermanos que aún no conocían a Jesucristo. «La Iglesia —leemos en el *documento de Santo Domingo*—, al encontrarse con los grupos nativos, trató desde el principio de acompañarlos en la lucha por su propia supervivencia, enseñándoles el camino de Cristo Salvador, desde la injusta situación de pueblos vencidos, invadidos y tratados como esclavos» (n. 245).

Rica herencia cultural

5. Con este viaje apostólico quiero, ante todo, *celebrar vuestra fe, apoyar vuestra promoción humana, afirmar vuestra identidad cultural y cristiana*. Mi presencia en medio de vosotros quiere ser también apoyo decidido a vuestro derecho a un espacio cultural, vital y social, como individuos y como grupos étnicos.

Lleváis en vosotros, hermanos y hermanas indígenas de América, una rica herencia de sabiduría humana y, al mismo tiempo, sois depositarios de las expectativas de vuestros pueblos de cara al futuro. La Iglesia, por su parte, afirma *abiertamente el derecho de todo cristiano a su propio patrimonio cultural*, como algo inherente a su dignidad de hombre y de hijo de Dios. En sus genuinos valores de verdad, de bien y de belleza, ese patrimonio debe ser reconocido y respetado. Por desgracia, hay que afirmar que no siempre se ha apreciado debidamente la riqueza de vuestras culturas, ni se han respetado vuestros derechos como personas y como pueblos. La sombra del pecado también se ha proyectado en América en la destrucción de no pocas de vuestras creaciones artísticas y culturales, y en la violencia de que tantas veces fuisteis objeto.

La Iglesia no cesa en su empeño por inculcar en todos sus hijos el amor hacia la diversidad cultural, que es manifestación de la propia identidad católica —universal— del pueblo de Dios. Conscientes de esta realidad los obispos reunidos en Santo Domingo, en la IV Conferencia General del Episcopado latinoamericano, se han comprometido a «contribuir eficazmente a frenar y erradicar las políticas tendientes

a hacer desaparecer las culturas autóctonas como medios de forzada integración; o, por el contrario, políticas que quieran mantener a los indígenas aislados y marginados de la realidad nacional» (n. 251).

Conservad vuestros valores

6. Mirando hacia vuestras realidades concretas, debo expresaros que *la Iglesia contempla vuestros auténticos valores con amor y esperanza.* En el mensaje que dirigí a los pueblos indígenas con motivo de la conmemoración del V Centenario del inicio de la evangelización en tierras americanas, señalé que «la sencillez, la humildad, el amor a la libertad, la hospitalidad, la solidaridad, el apego a la familia, la cercanía a la tierra y el sentido de la contemplación, son otros tantos valores que la memoria indígena de América ha conservado hasta nuestros días y constituyen una aportación que se palpa en el alma latinoamericana» (Santo Domingo, 12 de octubre de 1992, n. 1). Por todo ello, el Papa alienta a los pueblos autóctonos de América a que *conserven con sano orgullo la cultura de sus antepasados.*

Sed conscientes de las ancestrales riquezas de vuestros pueblos y hacedlas fructificar. Sed conscientes, sobre todo, del *gran tesoro* que, por la gracia de Dios, habéis recibido: *la fe católica.* A la luz de la fe en Cristo lograréis que vuestros pueblos, fieles a sus legítimas tradiciones, crezcan y progresen, tanto en el orden material como espiritual, difundiendo así los dones que Dios les ha otorgado.

Situaciones de pobreza

7. Conozco también las *dificultades de vuestra situación actual* y quiero aseguraros que la Iglesia, como Madre solícita, os acompaña y apoya en vuestras legítimas aspiraciones y justas reinvindicaciones. Sé de no pocos hermanos y hermanas indígenas que han sido desplazados de sus lugares de origen, siendo privados también de las tierras donde vivían. Existen igualmente muchas comunidades indígenas, a lo largo y ancho del continente americano, que sufren un alto índice de pobreza. Por eso, «el mundo no puede sentirse tranquilo y satisfecho ante la situación caótica y desconcertante que se presenta ante nuestros ojos: naciones, sectores de población, familias e individuos cada vez más ricos y privilegiados frente a pueblos, familias y multitud de personas sumidas en la pobreza, víctimas del hambre y las enfermedades, carentes de vivienda digna, de servicios sanitarios, de acceso a la cultura» (*Discurso inaugural de la IV Conferencia general del Episcopado latinoamericano*, Santo Domingo, 12 de octubre de 1992, n. 15).

Como cristianos, no podemos permanecer indiferentes ante la situación actual de tantos hermanos privados del derecho a un trabajo honesto, de tantas familias sumidas en la miseria. Ciertamente no se pueden negar los buenos resultados conseguidos en algunos países latinoamericanos por el esfuerzo conjunto de la iniciativa pública y privada. Tales logros, sin embargo, no han de servir de pretexto para soslayar los defectos de un sistema económico cuyo motor principal es el lucro, donde el hombre se ve subornidado al capital, convirtiéndose en una pieza de la inmensa máquina productiva, quedando su trabajo reducido a simple mercancía a merced de los vaivenes de la ley de la oferta y la demanda.

Llamada a la solidaridad

8. Son situaciones muy serias, de sobra conocidas, que están reclamando soluciones audaces que hagan valer las razones de la justicia. La doctrina social de la Iglesia ha sido constante en defender que los bienes de la creación han sido destinados por Dios para servicio y utilidad de todos sus hijos. De ahí que nadie debe apropiárselos o destruirlos irracionalmente olvidando las exigencias superiores del bien común.

Por todo ello, deseo dirigirme a las *instancias responsables en el ámbito de la promoción social* en todo el continente, para invitarlas a poner todos los medios a su alcance en orden a aliviar los problemas que hoy aquejan a los indígenas, de tal manera que los miembros de estas comunidades puedan llevar una vida más digna como trabajadores, ciudadanos e hijos de Dios. Desde Izamal, marco de la gloriosa cultura maya, quiero lanzar también un llamamiento a las sociedades desarrolladas para que, superando los esquemas económicos que se orientan de modo exclusivo al beneficio, busquen soluciones reales y efectivas a los graves problemas que afectan a amplios sectores de población del continente.

Queridos hermanos y hermanas indígenas: al veros aquí en tan gran número, convocados por la común fe cristiana para encontraros con el sucesor del apóstol Pedro, siento el deber de haceros una *llamada a la solidaridad, a la hermandad sin fronteras*. El saberos hijos del mismo Dios, redimidos por la sangre de Jesucristo, ha de moveros, bajo el impulso de la fe, a fomentar solidariamente las condiciones necesarias que hagan de las sociedades en que vivís un lugar más justo y fraterno para todos. Esta solidaridad, a la que como Pastor de la Iglesia universal os invito, echa sus raíces no en ideologías dudosas y pasajeras, sino en la perenne verdad de la buena nueva que nos trajo Jesús.

Opción por los pobres

9. Frente a no pocos factores negativos que a veces podrían llevar al pesimismo y al desaliento, la Iglesia sigue anunciando con fuerza la *esperanza en un mundo mejor*, porque Jesús ha vencido al mal y al pecado. La Iglesia no puede en modo alguno dejarse arrebatar por ninguna ideología o corriente política la bandera de la justicia, la cual es una de las primeras exigencias del Evangelio y, a la vez, fruto de la venida del reino de Dios. Esto forma parte del *amor preferencial por los pobres* y no puede desligarse de los grandes principios y exigencias de la doctrina social de la Iglesia, cuyo «objeto primario es la dignidad personal del hombre, imagen de Dios, y la tutela de sus derechos inalienables» (*Puebla*, 475). A este propósito, los obispos latinoamericanos, en las Conclusiones de la Conferencia de Santo Domingo, se comprometen a «asumir con decisión renovada la opción evangélica y preferencial por los pobres, siguiendo el ejemplo y las palabras del Señor Jesús, con plena confianza en Dios, austeridad de vida y participación de bienes» (n. 180). Por su parte, y como gesto de solidaridad, la Santa Sede ha creado la *Fundación «Populorum progressio»*, que dispone de un fondo de ayuda en favor de los campesinos, indios y demás grupos humanos del sector rural, particularmente desprotegidos en América Latina.

Lucha por la justicia

10. Sed vosotros, queridos hermanos y hermanas indígenas, asistidos siempre por la fe en Dios, por vuestro trabajo honrado y apoyándoos en adecuadas formas de asociación para defender vuestros legítimos derechos, los *artífices incansables de vuestro propio desarrollo integral:* humano y cristiano. Por ello, la noble lucha por la justicia nunca os ha de llevar al enfrentamiento, sino que en todo momento habéis de inspiraros en los principios evangélicos de colaboración y diálogo, excluyendo toda forma de violencia; pues la violencia y el odio son perniciosas semillas incapaces de producir algo que no sea odio y violencia. ¡No os dejéis abatir o atemorizar por las dificultades!. Sabed que el presente y el futuro de vuestros países está también en vuestras manos y depende de vuestro esfuerzo. *Vuestro trabajo es un quehacer noble y ennoblecedor*, pues os lleva a colaborar con Dios creador y a servir a los demás hombres hermanos nuestros.

Antes de terminar, deseo dirigirme a los sacerdotes, religiosos, religiosas, catequistas y tantos agentes de pastoral, que desempeñan abnegadamente su labor en las

comunidades de hermanos indígenas de todo el continente, para alentarles a continuar en sus tareas apostólicas en plena comunión con sus pastores y con las enseñanzas de la Iglesia, siendo instrumentos de santificación mediante la palabra y los sacramentos. En el ministerio que ejercen están llamados, sobre todo, a dar *testimonio de santidad y entrega,* conscientes de que se trata de una labor de carácter religioso. No es admisible, por tanto, que intereses extraños al Evangelio enturbien la pureza de la misión que la Iglesia les ha confiado.

La Virgen de Guadalupe

11. Al concluir este encuentro con vosotros, hermanos y hermanas indígenas de América, en la fe y el amor que nos une, elevo mi ferviente plegaria a *Nuestra Señora de Guadalupe* para que ella os proteja siempre y se haga realidad la promesa que, en la colina del Tepeyac, hizo un día al indio Juan Diego, insigne hijo de vuestra misma sangre a quien tuve el gozo de exaltar al honor de los altares: «Oye y ten entendido, hijo mío el más pequeño, que es nada lo que te asusta y aflige; no se turbe tu corazón; no temas esa enfermedad ni otra enfermedad y angustia. ¿No estoy yo aquí que soy tu Madre? ¿No estás bajo mi sombra? ¿No soy yo tu salud? ¿No estás por ventura en mi regazo?» *(Nican Mopohua).*

Desde Izamal, Yucatán, invocando abundantes gracias divinas sobre todos los queridos hermanos y hermanas indígenas del continente americano, os bendigo de corazón en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Peregrinación Apostólica del Santo Padre a Denver con motivo de la octava jornada mundial de la juventud

¡No tengáis miedo!

Homilía durante la santa misa para los delegados del Foro, 12 de agosto.

«Id por todo el mundo» (*Mc* 16, 15).

1. Las últimas palabras de Cristo a sus Apóstoles en el evangelio de san Marcos son estas: «Id por todo el mundo y proclamad la buena nueva a toda la creación». Este es *el mandato misionero*. Con este mandato empezó la gran expansión de la Iglesia desde el primer grupo de discípulos en Jerusalén hasta la gran familia cristiana esparcida por todo el mundo. La Iglesia vive en todo pueblo y nación: como lo muestra claramente aquí vuestra presencia, jóvenes representantes del *Foro internacional de la juventud*, que procedéis de casi todos los países del mundo.

Cristo dirigió esas palabras de desafío a los Apóstoles, a quienes ya había dicho antes: *«Seguidme» (Mc* 1, 17). A cada uno, individualmente, de modo personal le había dicho: *Sígueme*. Y entre la *llamada* inicial y el *envío* final *a todo el mundo*, cada uno de esos discípulos vivió una experiencia, un proceso de crecimiento, que lo preparó íntimamente para el gran desafío y la gran aventura que representaba para ellos el ser enviados por Cristo.

Cristo primero *invita*, luego *se revela* a sí mismo más profundamente y, por último, envía. Invita para darse a conocer a sí mismo a aquellos a quienes desea enviar. Envía a quienes han llegado a conocer el misterio de su persona y de su reino, *pues deben proclamar el Evangelio con la fuerza de su testimonio*. Y la fuerza de su testimonio depende del conocimiento y del amor de Jesucristo mismo. Todo apóstol debe ser capaz de identificarse con lo que dice la *primera carta de Juan:* «Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y tocaron nuestras manos acerca de la Palabra de vida» (1, 1).

Peregrinación de esperanza

2. *La misma experiencia del Evangelio* penetra toda la *Jornada mundial de la juventud.* Los jóvenes que se han reunido aquí de todo el mundo y, en particular, vosotros que participáis en el *Foro internacional de la juventud,* estáis empeñados en ese proceso: en un momento determinado Cristo entró en vuestra vida y os invitó a adquirir una mayor conciencia de vuestra consagración bautismal; con la gracia de Dios y la ayuda de una comunidad creyente crecisteis en la comprensión de vuestra identidad cristiana y de vuestro papel en la Iglesia y la sociedad. Como católicos maduros, empezasteis a tomar parte activa en el apostolado.

Denver es la suma de innumerables experiencias de ese tipo. En vuestras familias, parroquias, escuelas, asociaciones y movimientos católicos se plantó la semilla de una fe auténtica, que creció hasta que oísteis en vuestro corazón el eco de aquellas palabras originales: «Ven y sígueme» (*Lc* 18, 22). Cada uno de vosotros ha seguido un camino diferente, pero no habéis estado solos en este viaje. En cada etapa la Iglesia os ha acompañado y alentado por medio de sus ministros, sus religiosos y muchos miembros activos del laicado. El camino condujo finalmente al Foro internacional de la juventud. Y ahora, aquí en Denver, os encontráis frente al desafío de aceptar todas las consecuencias de las palabras del Señor: «Id por todo el mundo y proclamad la buena nueva a toda la creación» (*Mc* 16, 15).

Sí, Cristo, el Señor, es el centro mismo de la Jornada mundial de la juventud, y *continúa invitando a muchos jóvenes a unirse a él en la tarea sublime de difundir su reino.* El está aquí porque la Iglesia está aquí. Está aquí en la Eucaristía y mediante el ministerio de sus sacerdotes y sus obispos en unión con el Sucesor de Pedro. Cristo está aquí mediante la fe y el amor de tantos jóvenes que se han preparado espiritualmente para este encuentro, han trabajado mucho y han hecho sacrificios para poder realizar esta peregrinación de esperanza y compromiso.

Unidad en la diversidad

3. En cierto sentido, el *Foro internacional de la juventud* representa el núcleo de la *Jornada mundial de la juventud.* No solo estáis orando y reflexionando sobre el tema de la vida en abundancia que Cristo vino a darnos (cf. *Jn* 10, 10), sino que también estáis comparando experiencias de apostolado realizadas en diferentes partes del mundo, a fin de aprender unos de otros y ser confirmados en el liderazgo

cristiano que estáis llamados a ejercer entre vuestros coetáneos. Solo *un gran amor a Cristo y a la Iglesia* os sostendrá en el apostolado que os espera cuando volváis a casa.

Como líderes en el campo del apostolado juvenil, vuestra labor consistirá en ayudar a vuestras parroquias, diócesis, asociaciones y movimientos a estar abiertos verdaderamente a las necesidades personales, sociales y espirituales de los jóvenes. Tendréis que hallar la manera de hacer participar a los jóvenes en proyectos y actividades de formación, espiritualidad y servicio, haciéndolos responsables de sí mismos y de sus obras, y preocupándoos por no aislarlos a ellos y su apostolado del resto de la comunidad eclesial. Los jóvenes necesitan poder ver la importancia práctica de sus esfuerzos para salir al paso de las necesidades reales del pueblo, especialmente de los pobres y los marginados. Deberían poder ver también que su apostolado forma parte plenamente de la misión de la Iglesia en el mundo.

¡No tengáis miedo! Denver, como las anteriores Jornadas mundiales de la juventud, es un tiempo de gracia: *una gran asamblea de jóvenes*, que hablan lenguas diferentes, pero todos unidos a la hora de proclamar el misterio de Cristo y de la vida nueva que él nos da. Esto es especialmente evidente en las catequesis que están impartiéndose cada día en diversas lenguas. En la oración y el canto, muchas lenguas alaban a Dios. Todo esto hace de *Denver un reflejo de lo que aconteció en Jerusalén durante Pentecostés* (cf. *Hch* 2, 1-4). Por encima de toda la variedad de los jóvenes congregados aquí —variedad de origen, raza y lengua—, *el Espíritu de verdad creará la unidad profunda y duradera* del compromiso por la nueva evangelización, en la que la defensa de la vida humana, la promoción de los derechos humanos y la construcción de una civilización de amor son tareas urgentes.

El tesoro más valioso

4. Comprometerse en la nueva evangelización significa que estamos convencidos de que tenemos algo valioso que ofrecer a la familia humana en el alba del nuevo milenio. Todos los que hemos venido aquí —los jóvenes y sus pastores, los obispos y el Papa— debemos ser conscientes de que no basta ofrecer «una sabiduría meramente humana, casi como una ciencia del vivir bien» (*Redemptoris missio*, 11). Debemos estar convencidos de que tenemos «una perla de gran valor» (cf. *Mt* 13, 46), un gran «tesoro» (cf. *Mt* 13, 44), que es fundamental para la existencia terrena y la salvación eterna de todo miembro de la raza humana.

La llamada del profeta Isaías, narrada en la primera lectura de esta misa, puede comenzar a revelarnos el misterio. Cuando Dios se da a conocer a un ser humano, la esencia de esa comunicación es *una revelación de su propia santidad:* «Al Rey, al Señor de los ejércitos, han visto mis ojos [...]. Santo, santo, santo, el Señor de los ejércitos» (*Is* 6, 5. 3). Y nuestra respuesta no puede ser más que una apertura gozosa a esa gloria divina y la aceptación de sus consecuencias para el significado y la finalidad de nuestra vida.

La experiencia inefable de la santidad de *Dios sigue viviendo en la Iglesia.* Cada día, en el mismo centro de la liturgia eucarística, repetimos las palabras, *«Santo, santo, santo es el Señor, Dios del universo.* Llenos están el cielo y la tierra de tu gloria» (cf. *Is* 6, 3).

Este tesoro sigue viviendo en la Iglesia porque la *santidad de Dios se revela en toda su plenitud en Jesucristo:* «Pues el mismo Dios que dijo: "De las tinieblas brille la luz", *ha hecho brillar la luz en nuestros corazones,* para irradiar el conocimiento de la gloria de Dios que está en la faz de Cristo» (2 *Co* 4, 6).

La santidad de Dios resplandece en Cristo, el Emmanuel, Dios con nosotros. Mirad, *«la Palabra se hizo carne, y puso su morada entre nosotros,* y hemos contemplado su gloria, gloria que recibe del Padre como Hijo único» (*Jn* 1, 14). Y nosotros lo hemos visto, lo hemos oído y lo hemos tocado: junto al lago de Galilea, en la montaña de las bienaventuranzas, en el monte Tabor, en el Gólgota, a lo largo del camino de Emaús, en la Eucaristía, en la oración, en la experiencia tangible de toda *vocación,* especialmente cuando el Señor llama a algunas personas a seguirlo más íntimamente por el camino de la consagración religiosa o del ministerio sacerdotal. Sabemos que Cristo no abandona nunca a su Iglesia. En una época como ésta, en que muchos están confundidos acerca de las verdades y los valores fundamentales sobre los cuales deben construir su vida y buscar la salvación eterna; en que muchos católicos corren peligro de perder su fe, la perla de gran valor; en que no hay bastantes sacerdotes, religiosas y religiosos para apoyar y guiar, y tampoco bastantes religiosos de vida contemplativa para presentar a la gente el sentido de la supremacía absoluta de Dios, *debemos estar convencidos de que Cristo llama a la puerta de muchos corazones* y busca jóvenes como vosotros para enviarlos a la viña, donde les espera una mies abundante.

La fuerza del amor

5. «Pero —nosotros los seres humanos— llevamos este *tesoro* en *recipientes de barro»* (2 *Co* 4, 7). Por esto, a menudo tenemos miedo de las exigencias del amor del Redentor. Podemos intentar tranquilizar nuestra conciencia dándonos a nosotros mismos, pero de modo parcial y limitado, o de algún modo que nos agrade a nosotros, no siempre como el Señor nos sugiere. Con todo, el hecho de que llevemos ese tesoro en recipientes de barro sirve para hacer patente que *«una fuerza tan extraordinaria es de Dios y no de nosotros» (2 Co* 4, 7). Dondequiera que los jóvenes permiten que la gracia de Dios actúe en ellos y produzca una vida nueva, la fuerza extraordinaria del amor divino se libera dentro de su vida y dentro de la vida de la comunidad. Esa fuerza transforma su actitud y su comportamiento, e impulsa inevitablemente a los demás a seguir el mismo camino aventurado. *Esa fuerza viene de Dios y no de nosotros.*

El que os ha *invitado* a Denver y puede llamaros en cualquier etapa de vuestra peregrinación por la vida, quiere que poseáis el tesoro de *conocerlo a él más profundamente*. Quiere ocupar el lugar central en vuestro corazón y, por ello, purifica vuestro amor y prueba vuestra valentía. La conciencia de su presencia, escondida pero cierta, actúa como *una brasa que toca vuestros labios* (cf. *Is* 6, 7) y os hace capaces de repetir *el «sí» eterno del Hijo*, como dice la carta a los Hebreos: «Entonces dije: "¡He aquí que vengo —pues de mí está escrito en el rollo del libro— *a hacer*, oh Dios, *tu voluntad!"»* (10, 7). Ese «sí» guió todos los pasos del Hijo del hombre: «Jesús, pues, tomando la palabra, les decía: "En verdad, en verdad os digo: el Hijo no puede hacer nada por su cuenta, sino lo que ve hacer al Padre: lo que hace él, eso también lo hace igualmente el Hijo"» (*Jn* 5, 19). Y María pronunció el mismo «sí» al plan de Dios para su vida: *«Hágase en mí según tu palabra»* (*Lc* 1, 38).

Cristo os envía

6. *Cristo pregunta a los jóvenes de la Jornada mundial de la juventud. «¿A quién enviaré?»* (*Is* 6, 8). Y cada uno ha de responder con fervor: *«Heme aquí: envíame»* (*Is* 6, 8).

No os olvidéis de las necesidades de vuestros países. Escuchad el grito de los pobres y los oprimidos en los países y los continentes de los que venís. Estad seguros de que el Evangelio es el único camino de liberación y salvación auténticas para los pueblos

del mundo: *«Tu salvación, oh Señor, es para todos los pueblos» (Salmo responsorial, Sal 95).*

Todos los que, en respuesta a la invitación de Cristo, han venido a Denver para tomar parte en la Jornada mundial de la juventud, deben escuchar sus palabras; «Id [...] y proclamad la buena nueva» (*Mc* 16, 15).

Oremos con fervor al Señor de la mies, a fin de que los jóvenes del mundo no duden en responder: *«¡Heme aquí: envíame!». «¡Envíanos!».* Amén.

Jesucristo, vida del mundo

Discurso del Papa durante la vigilia de oración, sábado 14 de agosto

PRIMERA PARTE

Seguid al buen Pastor

Queridos jóvenes; jóvenes peregrinos por el sendero de la vida: *«Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia»* (*Jn* 10, 10).

1. Esta tarde, esas palabras de Cristo se dirigen a vosotros, *jóvenes reunidos para la Jornada mundial de la juventud.*

Cristo pronuncia esas palabras en la parábola del buen pastor. *El buen pastor:* ¡qué hermosa imagen de Dios! Transmite algo profundo y personal sobre el modo en que Dios se cuida de todo lo que ha creado. En la metrópoli moderna no tenéis oportunidad de ver un pastor que cuida a su rebaño. Pero podemos acudir a las tradiciones del antiguo Testamento, en el que esa parábola se halla profundamente arraigada, con el fin de *comprender la solicitud amorosa del pastor por su rebaño.*

El salmo dice: *«El Señor es mi pastor; nada me falta»* (*Sal* 23, 1). El Señor, el Pastor,

es Dios-Yahveh. El que libró a su pueblo de la opresión en la tierra de su destierro. El que se reveló en el monte Sinaí como el Dios de la alianza: «Si de veras escucháis mi voz y guardáis mi alianza, vosotros seréis mi propiedad personal entre todos los pueblos, *porque mía es toda la tierra»* (*Ex* 19, 5).

Dios es el Creador de todo lo que existe. En la tierra que creó puso al hombre y a la mujer: «macho y hembra los creó» (*Gn* 1, 27). «Y bendíjolos Dios, y díjoles: Sed fecundos y multiplicaos y henchid la tierra y sometedla; mandad en los peces del mar y en las aves de los cielos y en todo animal que serpea sobre la tierra» (*Gn* 1, 28).

2. El puesto especial que ocupan los seres humanos entre todo *lo que Dios creó consiste en el hecho de que a ellos les otorgó participar en su misma solicitud y providencia hacia toda la creación.* El Creador nos confió el mundo a nosotros, como un don y una responsabilidad. El, que es *Providencia eterna;* el, que guía todo el universo hacia su destino final, nos ha hecho a su imagen y semejanza, a fin de que también nosotros nos convirtiéramos en *«providencia»,* providencia sabia e inteligente, que guía el desarrollo humano y el desarrollo del mundo por el sendero de la armonía con la voluntad del Creador, para el bienestar de la familia humana y el cumplimiento de la vocación trascendente de cada persona.

3. Con todo, millones de hombres y mujeres viven sin darse cuenta de lo que hacen ni de lo que les sucede. Aquí, esta tarde, en el Cherry Creek State Park de Denver, representáis a la juventud del mundo, con todas las cuestiones que los jóvenes de fines del siglo XX necesitan y tienen derecho a plantearse.

Nuestro tema es la vida, y la vida está llena de misterio. La ciencia y la tecnología han hecho progresos enormes para descubrir los secretos de nuestra vida natural, pero un examen superficial de nuestra experiencia personal muestra que hay muchas otras dimensiones para nuestra existencia individual y colectiva en este planeta. Nuestro corazón inquieto busca más allá de nuestros límites, en alas de nuestra capacidad de pensar y amar: pensar y amar lo inconmensurable, lo infinito, la forma absoluta y suprema del Ser. Nuestra mirada interior se extiende hacia el horizonte ilimitado de nuestras esperanzas y aspiraciones. Y en medio de todas las contradicciones de la vida, buscamos *el significado verdadero de la vida.* Nos maravillamos y nos preguntamos, *¿por qué?*

¿Por qué estoy aquí?
¿Por qué existo?
¿Qué debo hacer?

Todos nos planteamos esas cuestiones. La humanidad en su totalidad siente la necesidad apremiante de dar un sentido y una finalidad a un mundo en el que aumenta la complejidad y la dificultad de ser feliz. Todos los obispos del mundo reunidos en el concilio Vaticano II se expresaron de este modo: «Ante la actual evolución del mundo, son cada día más numerosos los que se plantean o los que acometen con nueva penetración las cuestiones más fundamentales [...]. ¿Qué es el hombre? ¿Cuál es el sentido del dolor, del mal, de la muerte, que, a pesar de tantos progresos hechos, subsisten todavía? [...]. ¿Qué puede ofrecer el hombre a la sociedad? ¿Qué puede esperar de ella? ¿Qué hay después de esta vida temporal?» (*Gaudium et spes*, 10).

Dejar de plantearse esas cuestiones básicas significa renunciar *a la gran aventura de buscar la verdad acerca de la vida.*

4. Sabéis qué fácil es dejar de plantearse esas cuestiones básicas. Pero *vuestra presencia aquí manifiesta que no huís de la realidad y de la responsabilidad.*

Cuidáis el don de la vida que Dios os ha dado. Confiáis en Cristo, cuando dice: *«Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia»* (*Jn* 10, 10).

Nuestra vigilia comienza con *un acto de confianza en las palabras del buen Pastor.* En Jesucristo, el Padre expresa toda la verdad con respecto a la creación. Creemos que en la vida, muerte y resurrección de Jesús, el Padre revela todo su amor a la humanidad. Por eso precisamente Cristo *habla de sí como «la puerta de las ovejas»* (*Jn* 10, 7). Como puerta, vela por las criaturas confiadas a él. Nos conduce a buenos pastos: *«Yo soy la puerta; si uno entra por mí, estará a salvo; entrará y saldrá y encontrará pasto»* (*Jn* 10, 9).

Jesucristo es verdaderamente el Pastor del mundo. Nuestro corazón debe estar abierto a sus palabras. Por eso, hemos venido a este encuentro mundial de la juventud: de todos los Estados y diócesis de Estados Unidos, de toda América, de todo continente: todos están aquí representados por las banderas que vuestros delegados han izado para manifestar que aquí, esta tarde, nadie es extranjero. Todos somos uno en Cristo. *El Señor nos ha conducido como conduce su rebaño.*

El Señor es nuestro pastor; nada nos falta. En verdes praderas nos hace recostar. Nos conduce hacia fuentes tranquilas y repara nuestras fuerzas. Aunque caminemos por cañadas oscuras, nada tememos, porque él va con nosotros. El nos sosiega (cf. *Sal* 23).

Al meditar juntos en la vida que Jesús da, os pido que tengáis el valor de comprometeros *en favor de la verdad.* Tened el valor *de creer en la buena nueva sobre la vida* que Jesús enseña en el Evangelio. Abrid vuestra mente y vuestro corazón y a su amor especial y personal hacia cada uno de vosotros.

Jóvenes del mundo, *¡escuchad su voz!*
Escuchad su voz y seguidlo.
Sólo el buen Pastor os conducirá a la verdad plena sobre la vida.

SEGUNDA PARTE

Formad bien vuestra conciencia para que seáis luz del mundo

I

1. En este punto, los jóvenes reunidos en Denver podrían preguntarse: ¿qué va a decir el Papa sobre la vida?

Mis palabras serán una profesión de *la fe de Pedro,* el primer Papa. Mi mensaje no diferirá de lo que se ha transmitido desde el principio, porque no es mío; es *la buena nueva de Jesucristo mismo.*

El Nuevo Testamento presenta a Simón —a quien Jesús llamó Pedro, Roca— como un discípulo de Cristo vigoroso y apasionado. Pero él también dudó y, en un momento decisivo, incluso negó ser seguidor de Jesús. Ahora bien, a pesar de esas debilidades humanas, Pedro fue el primer discípulo que hizo profesión pública de fe en el Maestro. Un día, Jesús preguntó: «Y vosotros ¿quién decís que soy yo?», y Pedro respondió: *«Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo»* (*Mt* 16, 16).

Comenzando por Pedro, el primer testigo apostólico, innumerables testigos, hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, de todas las naciones de la tierra, han proclamado su fe en Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, el Redentor del hombre, el Señor de la historia, el Príncipe de la paz. Como Pedro, también ellos han preguntado: *«Señor, ¿a quién vamos a ir? ¿Tú tienes palabras de vida eterna»* (*Jn* 6, 68).

Esta tarde nosotros profesamos la misma fe de Pedro. *Creemos que Jesucristo tiene palabras de vida*, y que él dirige estas palabras a la Iglesia, a todos los que le abren su mente y su corazón con fe y confianza.

2. *«Yo soy el buen pastor. El buen pastor da su vida por las ovejas»* (*Jn* 10, 11). Nuestra primera reflexión se inspira en estas palabras de Jesús, que nos refiere el evangelio de san Juan.

El buen pastor da su vida. *La muerte ataca a la vida.*

A la luz de nuestra experiencia humana, *la muerte es el enemigo de la vida.* Es un intruso que frustra nuestro deseo natural de vivir. Eso resulta evidente de manera especial en el caso de una muerte improvisa o videnta, y sobre todo en el caso del asesinato de un inocente.

No debe asombrarnos, por tanto, que entre los diez Mandamientos el Señor de la vida, el Dios de la alianza, haya dicho en el monte Sinaí: *«No matarás»* (*Ex* 20, 13; cf. *Mt* 5, 21).

Las palabras «No matarás» fueron esculpidas *en las tablas de la alianza*, en las tablas de piedra de la Ley. Pero, ya antes, esa ley había sido esculpida *en el corazón humano*, en el santuario de toda conciencia individual. En la Biblia, el primero que experimentó la fuerza de esta ley fue Caín, que mató a su hermano Abel. Inmediatamente después de ese terrible crimen, sintió todo el peso de haber quebrantado el mandamiento de no matar. Aunque trató de escapar de la verdad, diciendo: *«¿Soy yo acaso el guarda de mi hermano?»* (*Gn* 4, 9), la voz interior seguía repitiéndole: *«Eres un asesino»*. La voz era su conciencia, y no podía acallarse.

3. Con el tiempo, las amenazas contra la vida no disminuyen. Al contrario, adquieren dimensiones enormes. No se trata sólo de amenazas procedentes del exterior, de las fuerzas de la naturaleza o de los *Caínes* que asesinan a los *Abeles;* no, se trata *de enseñanzas programadas de manera científica y sistemática*. El siglo XX será considerado una época de ataque masivos contra la vida, una serie interminable de guerras y una destrucción permanente de vidas humanas inocentes. Los falsos profetas y los falsos maestros han logrado el mayor éxito posible.

Del mismo modo, *falsos modelos de progreso han llevado a poner en peligro el*

equilibrio ecológico de la tierra. El hombre, hecho a imagen y semejanza del Creador, estaba llamado a ser *el buen pastor del medio ambiente,* marco de su existencia y de su vida. Es la tarea que recibió desde hace mucho tiempo y que la familia humana asumió, no sin éxito, a lo largo de toda su historia, hasta *una época reciente, en la que el hombre mismo se convirtió en destructor de su ambiente natural.* Esto ya ha ocurrido en algunos lugares, o está a punto de ocurrir.

Pero hay más. Asistimos también a la difusión de *una mentalidad de lucha contra la vida,* una actitud de hostilidad hacia la vida en el seno materno y hacia la vida en sus últimas fases. Precisamente en este tiempo, en que la ciencia y la medicina han logrado una mayor capacidad de velar por la salud y la vida, *las amenazas contra la vida se hacen más insidiosas. El aborto y la eutanasia* —asesinato real de un ser humano verdadero— son reivindicados como *derechos* y soluciones a *problemas:* problemas individuales o problemas de la sociedad. *La matanza de los inocentes* no deja de ser acto pecaminoso o destructivo por el mero hecho de realizarse de modo legal y científico. En las metrópolis modernas, la vida —primer don de Dios y derecho fundamental de todo individuo, base de todos los demás derechos— es tratada a menudo nada más como *una mercancía* que se puede organizar, comercializar y manipular a gusto personal.

Todo esto sucede mientras *Cristo, el buen pastor,* quiere que tengamos la vida. *Conoce lo que amenaza la vida;* sabe reconocer al lobo que llega para robar y dispersar a las ovejas. Sabe detectar a los que intentan entrar en el rebaño, pero son ladrones y asalariados (cf. *Jn* 10, 1. 13). Se da cuenta de cuántos jóvenes dilapidan su existencia evadiéndose hacia la irresponsabilidad y la falsedad. Droga, abuso de sustancias alcohólicas, pornografía y desorden sexual, violencia: son algunos problemas graves que requieren una seria respuesta de la sociedad entera, en todo país y a nivel internacional. Pero también constituyen tragedias personales que es preciso afrontar con actos interpersonales concretos de amor y solidaridad, gracias a *una gran renovación de la propia responsabilidad personal ante Dios,* ante los demás y ante nuestra misma conciencia. Somos guardas de nuestros hermanos (cf. *Gn* 4, 9).

II

4. ¿Por qué la conciencia de los jóvenes no se rebela contra esta situación, sobre todo contra el mal moral, que brota de opciones personales? ¿Por qué tantos se

acomodan en actitudes y comportamientos que ofenden la dignidad humana y desfiguran la imagen de Dios en nosotros? Lo normal sería que la conciencia señalara el peligro mortal que encierra para el individuo y para la humanidad el hecho de aceptar tan fácilmente el mal y el pecado. Y, en cambio, no siempre sucede así. ¿Será *porque la misma conciencia está perdiendo la capacidad de distinguir el bien y el mal?*

En una cultura tecnológica, en que estamos acostumbrados a dominar la materia, descubriendo sus leyes y sus mecanismos, para transformarla según nuestra voluntad, surge el peligro de querer manipular también la conciencia y sus exigencias. En una cultura que sostiene que no puede existir ninguna verdad universalmente válida, nada es absoluto. Así pues, al fin y al cabo —dicen— la bondad objetiva y el mal ya no importan. El bien se convierte en lo que agrada o es útil en un momento particular, y el mal es lo que contradice nuestros deseos subjetivos. Cada persona puede construir un sistema privado de valores.

5. Jóvenes, no cedáis a esa falsa moralidad tan difundida. No asfixiéis vuestra conciencia. La conciencia es el núcleo más secreto y el sagrario del hombre, en el que éste se siente a solas con Dios (cf. *Gaudium et spes*, 16). «En lo más profundo de su conciencia descubre el hombre la existencia de una ley que él no se dicta a sí mismo, pero a la cual debe obedecer» (*ib.*). Esa ley no es una ley humana externa, sino la voz de Dios, que nos llama a liberarnos de la cadena de los malos deseos y del pecado, y nos impulsa a buscar el bien y la verdad. Solo escuchando la voz de Dios en vuestro interior y actuando de acuerdo con sus directrices, alcanzaréis la libertad que anheláis. Como dijo Jesús, solo *la verdad os hará libres* (cf. *Jn* 8, 32). Y la verdad no es el fruto de la imaginación de cada uno. Dios os ha dado la inteligencia para conocer la verdad, y la voluntad para realizar el bien moral. Os ha dado la luz de la conciencia para guiar vuestras decisiones morales, para amar el bien y evitar el mal. La verdad moral es objetiva, y una conciencia bien formada puede percibirla.

Pero si la misma conciencia se ha deformado, ¿cómo puede reformarse? Si la conciencia, que es luz, ya no alumbra, ¿cómo podemos superar la oscuridad moral? Jesús dice: «La lámpara del cuerpo es el ojo. Si tu ojo está sano, todo tu cuerpo estará luminoso; pero si tu ojo está malo, todo tu cuerpo estará a oscuras. Y, si la luz que hay en ti es oscuridad, ¡qué oscuridad habrá!» (*Mt* 6, 22-23).

Pero Jesús dice también: *«Yo soy la luz del mundo; el que me siga no caminará en*

la oscuridad, sino que tendrá la luz de la vida» (*Jn* 8, 12). Si seguís a Cristo, devolveréis a la conciencia su puesto correcto y su papel adecuado, y seréis la luz del mundo y la sal de la tierra (cf. *Mt* 5, 13).

Un renacimiento de la conciencia debe brotar de dos fuentes: en primer lugar, *el esfuerzo por conocer con certeza la verdad objetiva*, incluida la verdad sobre Dios; y, en segundo lugar, *la luz de la fe en Jesucristo*, el único que tiene palabras de vida.

6. Con el espléndido telón de fondo de las montañas del Colorado, con su aire puro que da paz y serenidad a la naturaleza, el alma se eleva espontáneamente para cantar la alabanza del Creador. «¡Oh Señor, Dios nuestro, qué glorioso tu nombre por toda la tierra!» (*Sal* 8, 2).

Jóvenes peregrinos, el mundo visible es como un mapa que señala el cielo, la morada eterna del Dios vivo. Aprendemos a ver al Creador contemplando la belleza de sus criaturas. En este mundo resplandecen la bondad, la sabiduría y el poder omnipotente de Dios. Y la inteligencia humana, incluso después del pecado original —con tal de que no esté ofuscada por el error o la pasión— puede descubrir la mano del Artista en las obras maravillosas que ha hecho. La razón puede conocer a Dios por medio del libro de la naturaleza: un Dios personal, infinitamente bueno, sabio, poderoso y eterno, que trasciende el mundo y, al mismo tiempo, está presente en lo más íntimo de sus criaturas. San Pablo escribe: «Porque lo invisible de Dios, desde la creación del mundo, se deja ver a la inteligencia a través de sus obras: su poder eterno y su divinidad» (*Rm* 1, 20).

Jesús nos enseñó a ver la mano del Padre en la belleza de los lirios del campo, las aves del cielo, la noche estrellada, los campos maduros para la cosecha, los rostros de los niños y las necesidades del pobre y el humilde. Si observáis el universo con corazón puro, también vosotros veréis el rostro de Dios (cf. *Mt* 5, 8), porque revela el misterio del amor providencial del Padre.

Los jóvenes son especialmente sensibles a la belleza de la naturaleza y su contemplación les inspira espiritualmente. Pero tiene que ser una contemplación auténtica. Una contemplación que no revele el rostro de un Padre personal, inteligente, libre y amoroso, sino que llegue solo a la figura oscura de una divinidad impersonal o fuerza cósmica, no es suficiente. *No debemos confundir al Creador con su creación.*

La criatura no tiene vida por sí misma, sino por Dios. Al descubrir la grandeza de Dios, el hombre descubre la posición única que ocupa en el mundo visible: «Lo hiciste poco inferior a los ángeles, lo coronaste de gloria y dignidad; le diste el mando sobre las obras de tus manos, todo lo sometiste bajo sus pies» (*Sal* 8, 6-7). Sí, la contemplación de la naturaleza no solo revela al Creador, sino también el papel del ser humano en el mundo que ha creado. Con fe, revela la grandeza de nuestra dignidad como seres creados a su imagen.

Para tener vida y tenerla en abundancia, para restablecer la armonía original de la creación, debemos respetar esa imagen divina en toda la creación y, de modo especial, en la misma vida humana.

7. Cuando *la luz de la fe* penetra esta conciencia natural, alcanzamos una nueva certeza. Las palabras de Cristo resuenan con plena verdad: *«Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia»*

Contra todas las fuerzas de la muerte, a pesar de todos los falsos maestros, *Jesucristo sigue ofreciendo a la humanidad la única esperanza verdadera y real.* El es el verdadero pastor del mundo, porque *él y el Padre son uno* (cf. *Jn* 17, 22). En su divinidad es uno con el Padre; en su humanidad es uno con nosotros.

Por haber tomado sobre sí nuestra condición humana, Jesucristo puede transmitir a todos los que están unidos a él por el bautismo *la vida que tiene en sí.* Y porque en la Trinidad *la vida es amor*, el amor verdadero de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado (cf. *Rm* 5, 5). *La vida y el amor son inseparables:* el amor de Dios hacia nosotros, y el amor que nosotros, por nuestra parte, tenemos: amor a Dios y amor a cada uno de nuestros hermanos y hermanas. Este será el tema de la última parte de nuestra reflexión, esta misma noche, un poco más tarde.

TERCERA PARTE

Tened el valor y la generosidad de los misioneros del pasado

Queridos jóvenes peregrinos:

1. El Espíritu os ha traído a Denver *para llenaros de nueva vida:* para daros una fe, una esperanza y un amor más fuertes. Todo en vosotros —vuestra mente y

vuestro corazón, vuestra voluntad y vuestra libertad, vuestros dones y vuestros talentos—, todo ha sido tomado por el Espíritu Santo para hacer de vosotros *«piedras vivas» del «edificio espiritual» que es la Iglesia* (cf. *1 P* 2, 5). Esta Iglesia es inseparable de Jesús; él la ama como el esposo ama a su esposa. Esta Iglesia hoy, en los Estados Unidos y en todos los países de donde procedéis, *tiene necesidad del afecto y de la cooperación de sus jóvenes, la esperanza de su futuro.* En la Iglesia cada uno tiene un papel que desempeñar, y todos juntos construimos el único cuerpo de Cristo, el único pueblo de Dios.

Al acercarse el tercer milenio, la Iglesia sabe que el buen Pastor sigue siendo, como siempre, la esperanza segura de la humanidad. Jesucristo nunca deja de ser *la puerta de las ovejas.* Y, a pesar de la historia de los pecados de la humanidad contra la vida, no cesa de repetir con la misma fuerza y el mismo amor: *«Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia»* (*Jn* 10, 10).

2. ¿Cómo es posible eso? ¿Cómo puede Cristo darnos la vida, si la muerte forma parte de nuestra existencia terrena? ¿Cómo es posible, si *«está establecido que los hombres mueran una sola vez,* y luego el juicio» (*Hb* 9, 27)?

Jesús mismo nos da la respuesta; y la respuesta es una declaración suprema de amor divino, un hito de la revelación evangélica con respecto al amor de Dios Padre hacia toda la creación. La respuesta ya está presente en *la parábola del buen pastor.* Cristo dice: *«El buen pastor da su vida por las ovejas»* (*Jn* 10, 11).

Cristo, el buen pastor, está presente entre nosotros, en medio de todos los pueblos, las naciones, las generaciones y las razas, como el que «da su vida por las ovejas». ¿No es esto el mayor amor? Era la muerte del Inocente; «El Hijo del hombre se va, como está escrito de él, pero ¡ay de aquel por quien el Hijo del hombre es entregado!» (*Mt* 26, 24). *Cristo en la cruz es un signo de contradicción para todos los crímenes contra el mandamiento de no matar. Dio su vida en sacrificio para la salvación del mundo.* Nadie le arrebata esa vida humana; *él la da libremente.* El tiene poder para darla y para recobrarla (cf. *Jn* 10, 18). Fue una auténtica entrega de sí mismo. Fue un acto sublime de libertad.

Sí, el buen Pastor da su vida, *pero solo para recobrarla* (cf. *Jn* 10, 17). Y en la nueva vida de la resurrección, se ha convertido —según las palabras de san Pablo— en «espíritu que da vida» (1 Co 15, 45), que ahora puede otorgar el don de la vida a cuantos creen en él.

Vida dada, vida recobrada, vida otorgada. En él, tenemos la vida que él tiene en la unidad del Padre y del Espíritu Santo, *si creemos en él, si somos uno con él por el amor*, recordando que «quien ama a Dios, debe amar también a su hermano» (*1 Jn* 4, 21).

3. *Buen Pastor*, el Padre te ama porque das tu vida. *El Padre te ama* como el *Hijo crucificado*, porque vas a la muerte dando tu vida por nosotros. Y el Padre te ama, *cuando vences la muerte con tu resurrección*, revelando una vida indestructible. *Tú eres la vida y, por tanto, el camino y la verdad* de vuestra vida (cf. *Jn* 14, 6).

Tú dijiste: «Yo soy el buen pastor; y conozco mis ovejas y las mías me conocen a mí, como me conoce el Padre y yo conozco a mi Padre» (*Jn* 10, 14-15) —el único Padre común de todos— sabes *por qué* te ama el Padre (cf. *Jn* 10, 17). Te ama porque das tu vida *por cada uno*.

Cuando dices: *«Doy la vida por mis ovejas», no excluyes a nadie.* Viniste al mundo para abrazar a todos los hombres y reunir en uno a los hijos de toda la familia humana que estaban dispersos (cf. *Jn* 11, 52). Todavía hay muchos que no te conocen: «También tengo otras ovejas, que no son de este redil; también a ésas las tengo que conducir» (*Jn* 10, 16).

4. *Buen Pastor*, enseña a los jóvenes aquí reunidos; enseña a los jóvenes de todo el mundo lo que significa *«dar»* su vida mediante *la vocación y la misión*. Como enviaste a los Apóstoles a predicar el Evangelio hasta los confines de la tierra, lanza ahora tu *desafío a la juventud de la Iglesia* para que cumpla la gran misión de darte a conocer a cuantos aún no han oído hablar de ti. Da a estos jóvenes la valentía y la generosidad de los grandes misioneros del pasado, de suerte que, a través del testimonio de su fe y su solidaridad con todos sus hermanos y hermanas necesitados, el mundo descubra *la verdad, la bondad y la belleza de la vida que solo tú puedes dar*.

Enseña a los jóvenes reunidos en Denver a llevar tu mensaje de vida y verdad, de amor y solidaridad, al centro de la metrópoli moderna, al centro de todos los problemas que afligen a la familia humana al final del siglo veinte.

Enseña a estos jóvenes a hacer buen uso de su libertad. Enséñales que la mayor libertad consiste en entregarse totalmente. Enséñales el significado de las palabras del Evangelio: «El que pierda su vida por mí, la encontrará» (*Mt* 10, 39).

5. *Por todo esto, buen Pastor, te amamos.*

Los jóvenes reunidos en Denver te aman porque aman la vida, el don del Creador. *Aman su vida humana* como el sendero por el que pasarán en medio de este mundo creado. Aman la vida como tarea y como vocación.

Y aman también la *otra vida que el Padre eterno nos ha dado por medio de ti:* la vida de Dios en nosotros, el mayor regalo que nos has dado.

Tú eres el buen Pastor.
Y no hay ningún otro.

Has venido para que tengamos la *vida,* y la tengamos en abundancia. La vida, no solo a nivel humano, sino también *en la medida del Hijo, el Hijo en el que el Padre se complace eternamente.*

Señor Jesucristo, te damos gracias por haber dicho: *«yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia»* (*Jn* 10, 10). Los jóvenes de la octava Jornada mundial de la juventud te dan las gracias desde lo más profundo de su corazón. *Maranatha!*

Aquí, desde el Cherry Creek State Park de Denver, desde esta reunión de jóvenes de todo el mundo, gritamos: *Maranatha! «Ven, Señor Jesús»* (*Ap* 22, 20).

La matanza de inocentes no deja de ser acto pecaminoso o destructivo por realizarse de modo legal y científico.

El mensaje liberador del evangelio de la vida está puesto ahora en las manos de los jóvenes

Homilía durante la santa misa conclusiva de la Jornada de la juventud, 15 de agosto

«Ha hecho en mi favor maravillas el Poderoso» (*Lc* 1, 49).

Amados jóvenes y queridos amigos en Cristo:

1. Hoy la Iglesia se encuentra, con María, en el umbral de la casa de Zacarías en Ain-Karim. Con la nueva vida que llevaba dentro de sí, la Virgen de Nazaret se apresuró a ir allí, inmediatamente después del fiat de la Anunciación, para ayudar a su prima Isabel. Fue Isabel la primera en reconocer las *maravillas* que Dios estaba realizando en María. Llena del Espíritu Santo, Isabel se sorprendió de que la madre de su Señor hubiera ido a su casa (cf. *Lc* 1, 43). Con intuición profunda del misterio, declaró: «¡Feliz la que ha creído que se cumplirían las cosas que le fueron dichas de parte del Señor!» (*Lc* 1, 45). Con su alma llena de humilde gratitud hacia Dios, María respondió con un himno de alabanza: *«Porque ha hecho en mi favor maravillas el Poderoso, santo es su nombre»* (*Lc* 1, 49).

En esta solemnidad la Iglesia celebra la culminación de las *maravillas* que Dios realizó en María: su Asunción gloriosa al cielo. Y el mismo himno de acción de gracias, el Magníficat, resuena en toda la Iglesia, como la primera vez en Ain-Karim: *todas las generaciones te llamarán bienaventurada* (*Lc* 1, 48).

Nos hallamos reunidos aquí, al pie de las Montañas Rocosas —que nos recuerdan que Jerusalén también estaba rodeada por montes (cf. *Sal* 124, 2) y que María subió a ellos (cf. *Lc* 1, 39)— para celebrar la *subida* de María a la Jerusalén celestial, al umbral del templo eterno de la Santísima Trinidad. Aquí en Denver, en la Jornada mundial de la juventud, los hijos e hijas católicos de Estados Unidos, junto con otros «de toda raza, lengua, pueblo y nación» (*Ap* 5, 9), se unen a todas las generaciones que desde entonces han proclamado: *el Poderoso ha hecho maravillas en tu favor, María* (*Lc* 1, 49), *y en favor de todos nosotros, miembros de su pueblo peregrino.* Con mi corazón lleno de alabanza a la Reina del Cielo, signo de esperanza y fuente de consuelo en nuestra peregrinación de fe hacia «la Jerusalén celestial» (*Hb* 12, 22),

os saludo a todos los que participáis en esta liturgia solemne. Me complace ver a tantos sacerdotes, religiosos y fieles laicos de Denver, del Estado de Colorado, de todas partes de Estados Unidos, y de muchos países del mundo, que se han unido a los jóvenes de la Jornada mundial de la juventud para honrar *la victoria definitiva de la gracia en María, Madre del Redentor.*

2. La octava Jornada mundial de la juventud es una celebración de vida. Este encuentro nos ha permitido hacer una seria reflexión sobre las palabras de Jesucristo: *«Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia»* (*Jn* 10, 10). Jóvenes de todos los rincones del mundo, *con oración ardiente* habéis abierto vuestro corazón a la verdad de la promesa de vida nueva de Cristo. Mediante los sacramentos, especialmente la penitencia y la Eucaristía, y mediante la unidad y la amistad nacida entre muchos de vosotros, habéis hecho *una experiencia real y transformadora de la vida nueva que solo Cristo puede dar.* Vosotros, jóvenes peregrinos, también habéis mostrado que comprendéis que el don de la vida de Cristo no es únicamente para vosotros. Habéis llegado a ser más conscientes de vuestra vocación y misión en la Iglesia y en el mundo. Para mí, nuestro encuentro ha sido una profunda y conmovedora experiencia de vuestra fe en Cristo, y hago mías las palabras de san Pablo: *«Tengo plena confianza en hablaros; estoy muy orgulloso de vosotros. Estoy lleno de consuelo y sobreabundo de gozo en todas nuestras tribulaciones»* (2 *Co* 7, 4).

Esas no son palabras de elogio vano. Confío en que hayáis comprendido el alcance del desafío que se os plantea, y que tendréis la sabiduría y la valentía de afrontarlo. *Es mucho lo que depende de vosotros.*

3. Este mundo maravilloso —tan amado por el Padre que envió a su Hijo único para su salvación (cf. *Jn* 3, 17)— es el teatro de una batalla interminable que está librándose por *nuestra dignidad e identidad como seres libres y espirituales.* Esa lucha tiene su paralelismo en el combate apocalíptico descrito en la primera lectura de la misa. La muerte lucha contra la vida: *una «cultura de la muerte» intenta imponerse a nuestro deseo de vivir, y vivir plenamente.* Hay quienes rechazan la luz de la vida, prefiriendo «las obras infructuosas de las tinieblas» (*Ef* 5, 11). Cosechan injusticia, discriminación, explotación, engaño y violencia. En todas las épocas, su éxito aparente se puede medir por la *matanza de los inocentes.* En nuestro siglo, más que en cualquier otra época de la historia, la *cultura de la muerte* ha adquirido una forma social e institucionalizada de legalidad para justificar los más horribles crímenes contra la humanidad: el genocidio, *las soluciones finales, las limpiezas*

étnicas y el masivo «quitar la vida a los seres humanos aun antes de su nacimiento, o también antes de que lleguen a la meta natural de la muerte» (*Dominum et vivificantem*, 57).

La lectura de hoy, tomada del libro del Apocalipsis, presenta a *la Mujer* rodeada por fuerzas hostiles. La naturaleza absoluta de su ataque está simbolizada en el objeto de su intención malvada: *el Niño, el símbolo de la vida nueva*. El «dragón» (*Ap* 12, 3), el «príncipe de este mundo» (*Jn* 12, 31) y el «padre de la mentira» (*Jn* 8, 44), intenta incesantemente *desarraigar del corazón humano el sentido de gratitud y respeto al don original, extraordinario y fundamental de Dios: la misma vida humana*. Hoy esa batalla ha llegado a ser cada vez más directa.

4. Queridos amigos, este encuentro en Denver sobre el tema de la vida debería conducirnos a una conciencia más profunda de *la contradicción interna que existe en una parte de la cultura de la metrópoli moderna*.

Cuando los padres fundadores de esta gran nación recogieron ciertos derechos inalienables en la Constitución —algo similar existe en muchos países y en muchas Declaraciones internacionales—, lo hicieron porque reconocían la existencia de una *ley* —una serie de derechos y deberes— esculpida por el Creador en el corazón y la conciencia de cada persona.

En gran parte del pensamiento contemporáneo no se hace ninguna referencia a esa *ley* garantizada por el Creador. Solo queda a cada persona la posibilidad de elegir este o aquel objetivo como conveniente o útil en un determinado conjunto de circunstancias. Ya no existe nada que se considere *intrínsecamente bueno y universalmente vinculante*. Se afirman los derechos, pero, al no tener ninguna referencia a una verdad objetiva, carecen de cualquier base sólida. Existe una gran confusión en amplios sectores de la sociedad acerca de lo que está bien y lo que está mal, y están a merced de quienes tienen el poder de *crear* opinión e imponerla a los demás.

La familia se halla especialmente atacada. Y se niega el carácter sagrado de la vida humana. Naturalmente, los miembros más débiles de la sociedad son los que corren mayor riesgo: *los no nacidos*, los niños, los enfermos, los minusválidos, los ancianos, los pobres y los desocupados, los inmigrantes, los refugiados y *el Sur del mundo*.

5. Jóvenes peregrinos, Cristo os necesita a vosotros para iluminar el mundo *y mostrarle el «sendero de la vida»* (*Sal* 16, 11). El desafío consiste en *hacer que*

el «sí» de la Iglesia a la vida sea concreto y efectivo. La batalla será larga, y necesita de cada uno de vosotros. Poned vuestra inteligencia, vuestros talentos, vuestro entusiasmo, vuestra compasión y vuestra fortaleza al servicio de la vida.

No tengáis miedo. El resultado de la batalla por la vida ya está decidido, aunque prosigue la lucha en circunstancias adversas y con muchos sufrimientos. Esa certeza nos la ofrece la segunda lectura: «*Cristo resucitó de entre los muertos como primicias de los que durmieron [...]. Así también todos revivirán* en Cristo» (*1 Co* 20-22). Esta es la paradoja del mensaje cristiano: Cristo —la Cabeza— ya venció el pecado y la muerte. Cristo en su Cuerpo —el pueblo peregrino de Dios— sigue sufriendo el ataque del maligno y de todo el mal de que es capaz la humanidad pecadora.

6. En esta etapa de la historia, el mensaje liberador del *evangelio de la vida* ha sido puesto en vuestras manos. Y la misión de proclamarlo hasta los confines de la tierra pasa ahora a vuestra generación. Como el gran aspótol Pablo, también vosotros debéis sentir toda la urgencia de esa tarea: «¡Ay de mí si no predicara el Evangelio»! (*1 Co* 9, 16). *¡Ay de vosotros si no lográis defender la vida!* La Iglesia necesita vuestras energías, vuestro entusiasmo y vuestros ideales juveniles para hacer que el evangelio de la vida penetre el entramado de la sociedad, transformando el corazón de la gente y las estructuras de la sociedad, *para crear una civilización de justicia y amor verdaderos*. Hoy, en un mundo que carece a menudo de la luz y de la valentía de ideales nobles, *la gente necesita más que nunca la espiritualidad lozana y vital del Evangelio*.

No tengáis miedo de salir a las calles y a los lugares públicos, como los primeros Apóstoles que predicaban a Cristo y la buena nueva de la salvación en las plazas de las ciudades, de los pueblos y de las aldeas. No es tiempo de avergonzarse del Evangelio (cf. *Rm* 1, 16). Es tiempo de predicarlo desde los terrados (cf. *Mt* 10, 27). No tengáis miedo de romper con los estilos de vida confortables y rutinarios, para aceptar el reto de dar a conocer a Cristo en la metrópoli moderna. Debéis ir a «los cruces de los caminos» (*Mt* 22, 9) e invitar a todos los que encontréis al banquete que Dios ha preparado para su pueblo. No hay que esconder el Evangelio por miedo o indiferencia. No fue pensado para tenerlo escondido. Hay que ponerlo en el candelero, para que la gente pueda ver su luz y alabe a nuestro Padre celestial (cf. *Mt* 5, 15-16).

Jesús vino a buscar a los hombres y mujeres de su tiempo. Los comprometió en un diálogo abierto y sincero, independientemente de su condición. Como buen samari-

tano de la familia humana, se acercó a la gente para sanarla de sus pecados y de las heridas que la vida inflige, y llevarla a la casa del Padre. Jóvenes de la Jornada mundial de la juventud, la Iglesia os pide que vayáis, con la fuerza del Espíritu Santo, a los que están cerca y a los que están lejos. Compartid con ellos la libertad que habéis hallado en Cristo. La gente tiene sed de auténtica libertad interior. Anhela la vida que Cristo vino a dar en abundacia. Ahora que se avecina un nuevo milenio, para el que toda la Iglesia está preparándose, el mundo es como un campo ya pronto para la cosecha. *Cristo necesita obreros dispuestos a trabajar en su viña.* Vosotros, jóvenes católicos del mundo, no lo defraudéis. En vuestras manos llevad la cruz de Cristo. En vuestros labios, las palabras de vida. En vuestro corazón, la gracia salvífica del Señor.

7. En el momento de su Asunción, María fue *«llevada a la vida»* en cuerpo y alma. Ya es parte de las «primicias» (*1 Co* 15, 20) de la muerte y resurrección redentora de nuestro Salvador. El Hijo recibió de ella su vida humana; él, en cambio, le dio a ella la plenitud de la comunión en la vida divina. Ella es el único ser —además de Cristo— en el que el misterio ya se ha realizado plenamente. En María, *la victoria final de la vida sobre la muerte ya es realidad.* Y, como enseña el concilio Vaticano II: *«La Iglesia ha alcanzado* en la Santísima Virgen *la perfección, en virtud de la cual no tiene mancha ni arruga» (Lumen gentium* 65). En la Iglesia y por ella, también nosotros esperamos «una herencia incorruptible, inmaculada e inmarcesible, reservada en los cielos para nosotros» (*1 P* 1, 4).

Bendita seas, María. Madre del Hijo eterno, nacido de tu seno virginal, eres *llena de gracia* (cf. *Lc* 1, 28). Recibiste más *abundancia de vida* (cf. *Jn* 10, 10) que los demás descendientes de Adán y Eva. Como la más fiel de los que «oyen la palabra» (cf. *Lc* 11, 28), no solo conservaste y meditaste ese misterio en tu corazón (cf. *Lc* 2, 19. 51), sino que también lo observaste en tu cuerpo y lo alimentaste con el amor abnegado con que rodeaste a Jesús durante toda su vida terrena. Como Madre de la Iglesia, nos guías todavía desde tu lugar en el cielo e intercedes por nosotros. Nos conduces a *Cristo, «el camino, la verdad y la vida»* (*Jn* 14, 6), y nos ayudas a crecer en santidad, venciendo el pecado (cf. *Lumen gentium,* 65).

8. La liturgia te presenta a ti, María, como la *mujer vestida de sol* (cf. *Ap* 12, 1). Pero estás vestida, aún más espléndidamente, de la luz divina, que puede llegar a ser la vida de todos cuantos han sido creados a imagen y semejanza de Dios mismo: *«La vida era la luz de los hombres,* y la luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la vencieron» (*Jn* 1, 4-5).

¡Oh mujer vestida de sol, los *jóvenes* del mundo *te saludan con mucho amor;* vienen a ti con toda la valentía de su corazón joven! Denver los ha ayudado a ser más conscientes de la vida que trajo tu Hijo divino.

Todos nosotros somos testigos de ella. Estos jóvenes saben ahora que *la vida es más poderosa que las fuerzas de la muerte;* saben que la verdad es más poderosa que las tinieblas, y que el amor es más fuerte que la muerte (cf. *Ct* 8, 6).

Tu espíritu se alegra, oh María, y nuestro espíritu se alegra contigo, porque el Poderoso ha hecho maravillas en favor tuyo y nuestro, en favor de todos los jóvenes congregados aquí en Denver, en favor de todos los jóvenes del mundo. El Poderoso ha hecho maravillas en favor tuyo, María, y en favor nuestro; en favor nuestro, contigo. El Poderoso ha hecho maravillas en favor nuestro, y *santo es su nombre.* Su misericordia alcanza de generación en generación. Nos alegramos, María; nos alegramos contigo, Virgen elevada al cielo. *El Señor ha hecho maravillas en tu favor. El Señor ha hecho maravillas en favor nuestro. Aleluya.* Amén.

Jóvenes peregrinos Cristo os necesita
para iluminar el mundo
y mostrarle el sendero de la vida.

María, ayuda a los jóvenes

Meditación dominical del Papa a la hora del Angelus, 15 de agosto

Invito ahora a todos los que toman parte en esta liturgia conclusiva de la Jornada mundial de la juventud, y a todos los que están en contacto con nosotros por medio de la radio y la televisión, a dirigirse con el espíritu a María, Madre del Redentor, y a unirse en el rezo del Angelus. Esta plegaria tradicional nos invita a meditar en la peregrinación de fe de María.

Invoquémosla con confianza:

María, tú eres «tipo de la Iglesia
en el orden de la fe,
de la caridad
y de la unión perfecta con Cristo»
(Lumen gentium, 63).
Aceptaste libremente la voluntad de Dios
que se te reveló en la Anunciación.
Llevaste en tu seno
la Palabra hecha carne,
que habitó entre nosotros como tu Hijo.
Lo viste crecer en «sabiduría,
en estatura y en gracia» (Lc 2, 52)
en la casa de Nazaret.
Tu camino como discípula suya te condujo
al pie de la cruz,

donde Jesús te hizo
Madre de todos sus seguidores (cf. Jn 19, 27).

M*aría, tú eres la Madre del Señor de la vida,*
la que estaba bajo el árbol de la vida.
Al pie de la cruz
te convertiste en nuestra madre espiritual y,
desde el cielo,
continúas intercediendo por nosotros,
que todavía estamos caminando
hacia la casa del Padre (cf. Lumen gentium, 62).

M*aría, Madre de la Iglesia,*
en unión contigo damos gracias
a la Santísima Trinidad por todo lo que esta
Jornada mundial de la juventud
ha realizado en la vida de los jóvenes
que han seguido
la cruz del Año Santo hasta Denver.

M*aría, Virgen inmaculada,*
ruega por estos jóvenes para que
«tengan vida y la tengan en abundancia»
(Jn 10, 10).
Acompáñalos ahora que van a ser
heraldos de esa vida divina,
la única que puede saciar el hambre
del corazón humano. *Que vean, como tú,*
en la cruz de Cristo la llamada del amor divino
que transforma la muerte en vida,
la desesperanza en esperanza
y la tristeza en alegría interminable.

Madre santísima,
ayuda a todos los jóvenes
que están esforzándose por dar un sí definitivo
y responsable a la llamada del Señor
al sacerdocio,
a la vida religiosa, o a una consagración especial
en la Iglesia.
Obténles la valentía y la esperanza
que necesitan
para superar todos los obstáculos
y seguir de cerca los pasos de tu Hijo divino.

Te pedimos que veles
sobre todos los que nos hallamos reunidos aquí,
mientras continuamos nuestra peregrinación
hacia la verdadera fuente de la vida.
Porque esta peregrinación debe continuar.
Debe continuar en nuestra vida.
Debe continuar en la vida de la Iglesia,
ahora que se acerca al tercer milenio cristiano.
Debe continuar como un nuevo Adviento,
tiempo de esperanza y espera,
hasta el regreso del Señor en la gloria.
Nuestra celebración de esta
Jornada mundial de la juventud
ha sido una parada en el camino,
un momento de oración y recuperación
de fuerzas,
pero nuestro viaje debe proseguir.

Deseo anunciar hoy que la próxima
Jornada mundial de la juventud tendrá lugar
a comienzos de 1995 en Manila, Filipinas.
De este modo, nuestra peregrinación

nos llevará al vasto y vital continente asiático.
La cruz del Año Santo
nos conducirá a un encuentro
con el fiel y generoso pueblo filipino.

M*aría del nuevo Adviento,*
imploramos tu protección sobre
los preparativos para ese próximo encuentro,
que comenzarán ya desde ahora.

M*aría,* llena de gracia,
te encomendamos la próxima
Jornada mundial de la juventud.

M*aría, elevada al cielo,*
te encomendamos
a los jóvenes de todo el mundo.

*… Madre Santísima, ayuda a todos los jóvenes que están esforzándose por dar un **sí** definitivo y responder a la llamada del Señor…*



DOCUMENTOS
DE LA CONFERENCIA
EPISCOPAL ECUATORIANA

Julio 1º de 1993
Nº 1253-93

Señor Doctor
Patricio Abad
Ministro de Salud
Presente.-

Señor Ministro,

Permítame, como introducción a un asunto difícil y doloroso de su Ministerio, el expresar unas breves reflexiones, confiando que, al iniciar su nueva tarea, pueda usted corregirlo.

La realidad demográfica del País y del mundo es un asunto complejo, que se ha convertido en problema no solucionado, ni fácilmente solucionable, precisamente porque se lo quiere simplificar, reduciéndolo a una dimensión económica.

Como usted sabe, Señor Ministro, el problema demográfico, que se hace más visible en una sociedad que pasa de una cultura agrícola a una industrial, tiene como causa no solo la penuria económica, sino también la falta de formación integral, que implica maduración psicológica y de responsabilidad.

La causa económica es real, pero no puede ser enfocada con la visión individualista, que en nombre de la libertad, guía actualmente el sistema económico mundial.

Los privilegiados por el sistema señalan el problema con tanto más énfasis cuanto menos quieren que se afronte su causa más honda: la injusticia en la distribución de los bienes sociales.

Como ciudadanos y Pastores de los creyentes, fomentamos una paternidad responsable y hoy cumplimos nuestra obligación de señalar que la paternidad responsable es inseparable de una mejor educación. Sí, solo los ciudadanos bien educados también religiosamente, vestidos, dignamente alojados y adecuadamente alimentados están preparados para ser padres, cuya responsabilidad no termina con dar a luz

y se prolonga en la educación que forme ciudadanos útiles.

Pero esto es precisamente lo que no quiere el sistema económico guiado por el egoísmo.

Detentores del poder económico mundial imponen precios, rehuyen compartir los adelantos científico-técnicos, fomentan a través de sus agencias de comunicación el hedonismo que dilapida y debilita y, desde hace unos años, buscan limitar el número de los participantes en el banquete de la vida.

La presión externa hacia una reducción indiscriminada de nacimientos influyen en la política poblacional de nuestro País, en los establecimientos dependientes del Ministerio de Salud, en los del Seguro Social, en los de los Municipios y de las Fuerzas Armadas.

Una red de contratos con entidades extranjeras financia con generosidad programas antinatalistas indiscriminados. En medio de una generalizada penuria de medicinas y otros recursos, nunca falta en el último puesto de salud un amplio surtido de medios contraceptivos.

En este contexto, Señor Ministro, señalamos con indignación y vergüenza el Oficio Cir-Ed 93 5850 del 23 de marzo, que hace referencia a otra circular, la 4323 en la que el anterior Señor Ministro dispuso, el 25 de Enero, como necesidad prioritaria, la esterilización quirúrgica en todos los hospitales del País de mujeres mayores de 25 años, madres de tres hijos.

La Constitución garantiza a cada ecuatoriano la inviolabilidad de su integridad física y el Código Penal tipifica como delito los atentados a esta integridad. El Ministerio de Salud, por el contrario, perseguido por un clamor de gente pobre y necesitada de atención, considera a las madres ecuatorianas como ganado de mala raza, que ni siquiera puede opinar sobre asuntos que vitalmente les afectan.

La corrupción de principios básicos de ética médica, el abuso de confianza con las pacientes, la intolerable altanería de esa circular nos llevaría a pensar, si no conociéramos las presiones antes mencionadas, en un rebrote del Nacional Socialismo.

Estamos seguros de que el contenido de esta circular es ajeno a la mente e intención del Presidente de la República.

Basados en la dignidad del pueblo ecuatoriano y urgidos por nuestra responsabilidad de servidores de la justicia y de la vida, solicitamos de usted, Señor Ministro, que cancele inmediatamente esa circular y prohiba a todos los establecimientos de salud las esterilizaciones no exigidas por intervenciones quirúrgicas y sin autorización expresa y libre de la mujer interesada o de su representante.

Señor Ministro, la dificultad del tema no nos impide expresarle nuestros sentimientos de consideración y el augurio de éxito en el ejercicio de la noble tarea de Ministro de Salud.

Atentamente,

† José Mario Ruiz Navas
OBISPO DE PORTOVIEJO
Presidente de la Conferencia Episcopal Ecuatoriana

† Antonio Arregui Y.
OBISPO AUXILIAR DE QUITO
Secretario General de la Conferencia Episcopal Ecuatoriana



La Iglesia invita a las parejas casadas
a una procreación responsable,
obrando como *ministros,*
y no como *árbitros*
del plan salvífico de Dios.



*La Iglesia católica,
en su incansable solicitud
en favor de los derechos humanos y
la justicia, está firmemente comprometida
en proteger y amar toda vida humana,
incluyendo la de la persona no nacida aún.*



DOCUMENTOS ARQUIDIOCESANOS

El sacerdote ante el desafío de la nueva evangelización

Por Julio Terán Dutari, SJ
Rector de la Pontifica Universidad Católica del Ecuador

1. Visión desde la Conferencia de Santo Domingo

Al aportar algunas reflexiones sobre la misión del sacerdote ante el desafío de la nueva evangelización, dentro de los estudios en torno al documento pontificio *Pastores Dabo Vobis*, no me guía otra motivación sino aquella misma a que el Sumo Pontífice apela en esta su exhortación postsinodal (Nº 39): "el deber de anunciar y testimoniar el sentido cristiano de la vocación" y de ejercer "una predicación directa sobre el misterio de la vocación en la Iglesia, sobre el valor del sacerdocio ministerial, sobre su urgente necesidad para el Pueblo de Dios". Este deber incumbe, según Juan Pablo II en ese mismo lugar, principalmente a los pastores y, junto con ellos, "a todos los educadores en la Iglesia". Sé que los educadores aquí aludidos somos también los del nivel universitario (ese nivel que —al menos en nuestra cultura latinoamericana— seguimos llamando con afecto el de 'la educación superior'). Esto se desprende con toda luminosidad no solo de la mención sobre la ayuda que se dice están llamadas a dar en la formación sacerdotal las facultades y los institutos teológicos y pastorales (Nº 79), sino sobre todo del llamado a la 'escuela católica' para que presente, con su "comunidad educativa", una "propuesta cultural capaz de iluminar la dimensión vocacional como valor propio y fundamental de la persona humana", "sin excluir nunca la vocación al ministerio sacerdotal" (Nº 41). Una verdadera y englobante 'propuesta cultural' es algo que concierne a las más altas finalidades educativas de la comunidad universitaria católica, tanto al interior de cada institución como en las respectivas agrupaciones de ellas. Por eso me siento honrado, agradecido y lleno de gozosa responsabilidad al poder hablar en esta Pontificia Universidad sobre tales temas, como Profesor y Rector universitario, y también como Presidente de la Federación Internacional de Universidades Católicas, fundada y recomendada por la Santa Sede.

Ahora bien, *Pastores Dabo Vobis*, aunque establece varias veces la relación del

sacerdote con la nueva evangelización y su importancia fundamental para ésta [1], no se detiene a repetir qué es nueva evangelización, sino supone la explicación ya existente en otros documentos. Por esto nosotros recurriremos aquí al documento de Santo Domingo, que estimamos de gran interés para toda la Iglesia, especialmente en este punto, ya que desde América Latina se ha venido desarrollando ese concepto de nueva evangelización que, recibido por encargo del mismo Sumo Pontífice, recogido de varios documentos muy valiosos y dilucidado a través de los materiales preparatorios, ha llegado a constituir el eje del magisterio latinoamericano en la IV Conferencia General del Episcopado [2].

Efectivamente, el documento de Santo Domingo, por su historia, por su estructura y por su misma intención básica, está todo él dirigido a la nueva evangelización. Esta nueva evangelización, si bien se presenta como urgente programa a toda la Iglesia en la vigilia del tercer milenio cristiano oscurecido por el secularismo y la apostasía pero iluminado por poderosos signos de esperanza, tiene sobre todo un especial significado para América Latina al conmemorarse los quinientos años de su primera evangelización, la que desde Puebla hasta Santo Domingo se viene llamando "evangelización fundante": Este centenario nos encuentra, por una parte, en situación de extrema amenaza para nuestros fundamentos, para eso que en Puebla se llama nuestro radical sustrato católico, nuestra raigambre cultural mestiza, y que ha permitido crecer y desarrollarse nuestra identidad a la vez humana y cristiana,

---

1 La **Introducción** de *Pastores Dabo Vobis* (**PDV**) pone en primer lugar la relación entre el sacerdote y la evangelización, ya que sin él no se podría vivir la obediencia al mandato de anunciar el Evangelio (1); en seguida, refiriéndose al "futuro de la evangelización de la humanidad", afirma que la formación de sacerdotes, la primera y la permanente, se considera tarea de máxima importancia (2). Más directamente habla de "la absoluta necesidad de que la nueva evangelización tenga en los sacerdotes sus primeros 'nuevos evangelizadores' "(2).- En el cuerpo de la Exhortación no faltan varias referencias a la nueva evangelización, como aquella del Nº 19, en que se recuerdan sus tres características de 'novedad', para encarecer que ésta "exige sacerdotes radical e integralmente inmersos en el misterio de Cristo y capaces de realizar un nuevo estilo de vida pastoral".- Finalmente, la **Conclusión** llega a decir que "la nueva evangelización tiene necesidad de nuevos evangelizadores, y éstos son los sacerdotes que se comprometen a vivir su sacerdocio como camino específico hacia la santidad" (82).

2 Así lo reconocen todos los comentarios imparciales del documento de Santo Domingo (DSD). Entre estos no dejaremos de recordar algunos de los autores que contribuyen al número especial de la revista *Persona y Sociedad* (7, 1993, Nº 1) de ILADES, Santiago de Chile, como **Pierre Bigo SJ y Exequiel Rivas G.** en sus respectivos artículos.

dentro de las instituciones civiles y eclesiásticas que hasta ahora nos configuran. Hoy los componentes de esa síntesis cultural y religiosa están en grave crisis tanto interna cuanto externa, y esto es indicio del momento soteriológico de cruz que vivimos en América Latina. Pero por otra parte los Papas siguen mirándonos como "continente de la esperanza", seguramente no solo por aspectos cuantitativos; y Juan Pablo II ha puesto todo el empeño de su Pontificado en que de América Latina se irradie la mística de esta "nueva evangelización" que debe proclamar a Jesucristo como única esperanza en la fe, "el mismo ayer, hoy y siempre", desde el seno de María, Madre de la Iglesia y Madre universal.

La nueva evangelización es, pues, un tema latinoamericano por excelencia. El documento de Santo Domingo nos ayudará a entenderlo; y ahora, precisamente en su relación con la temática de la misión del sacerdote, según *Pastores Dabo Vobis*. Este documento no podía menos de estar considerado en Santo Domingo. Las referencias explícitas a él, aunque pocas, no dejan de ser allí significativas [3]. Sin embargo hay una relación más interior y más fuerte entre los dos documentos, que percibimos con claridad cuando reconocemos una misma gracia inspiradora en el origen de ambos, la de Juan Pablo II y su ministerio de unidad para la Iglesia. Nos parece, pues, que nuestra tarea ha de concretarse ahora en obtener de todo el acontecimiento eclesial de Santo Domingo, desde su texto y su contexto (pero ante todo desde el espíritu que lo hizo posible), aquellas líneas de fuerza que puedan guiar las presentes reflexiones acerca de la misión del sacerdote en la nueva evangelización, según la exhortación postsinodal.

Dos son las líneas que de este modo se nos abren: La primera nos sitúa el problema de la identidad histórica del sacerdote evangelizador, a la luz de la concepción de "nueva evangelización" en Santo Domingo y por obra de ese discernimiento que tanto preocupa al Sínodo y al Papa; la segunda nos interroga sobre el perfil del

---

3 Son seis las citas de PDV en el documento de Santo Domingo (según **Germán Doig Klinge:** Guía para leer Santo Domingo, Lima 1993, p. 37). Esta cifra representa una considerable presencia, si se atiende a las cifras que se computan para los otros documentos del magisterio que allí aparecen. Entre los de Juan Pablo II (que son los más abundantemente citados) solo hay tres que superan las diez veces: por supuesto, el Discurso inaugural (citado aquí por nosotros como DI): 40 veces; *Redemptoris missio:* 20 veces; y *Christifideles laici:* 13 veces. Las citas de PDV se encuentran todas en estos dos apartados de DSD: 1. 3. 1. Los ministerios ordenados; y 1. 3. 2. Las vocaciones al ministerio presbiteral y los seminarios.

sacerdote hoy día, que se expresa en su actuación y se plasma desde su formación. Así nos ocupamos de estos que pudiéramos llamar los dos grandes temas de *Pastores Dabo Vobis:* la identidad y la formación del sacerdote [[4]].

2. Identidad histórica del sacerdote

Como recuerda el Papa (PDV 3 y 11), después del Concilio hubo bastante inquietud por la 'identidad sacerdotal' que incluso llevó a muchos sacerdotes a una 'crisis de identidad'; ahora, en cambio, no se trata de volver sobre la identidad como problema, que en parte al menos se considera superado, sino más bien sobre el itinerario formativo y el estilo de vida, desde un punto de vista "más adecuado a las presentes circunstancias eclesiales y culturales" (PDV 3). Se plantea así el tema del perfil sacerdotal (que abordaremos en nuestra tercera parte), por cierto desde una marcada preocupación histórica ante los tiempos cambiantes. Pero ésta conlleva siempre necesarias y graves reflexiones acerca de la identidad, que a través de los cambios históricos se mantiene y desarrolla. Por eso tratamos previamente, en esta segunda parte, ese inevitable tema, que de hecho también se despliega en amplias secciones de la exhortación postsinodal; lo hacemos a la luz del documento de Santo Domingo.

2.1. Nueva evangelización: Cristo y la historia

Todas las exigencias puestas al sacerdote apelan a la naturaleza misma de la nueva evangelización. Cuando en Santo Domingo se intenta decir en qué consiste ésta [[5]] —y no poco trabajo costó el precisarlo— hay un evidente empeño por disipar el malentendido que motivó tanta polémica en torno al quinto centenario de la evangelización: ese concepto programático de una evangelización nueva no podía entrañar nada en contra de la primera evangelización, fundante y vigente hasta ahora, a pesar de sus deficiencias. Pero por otro lado parece resultar entonces que lo nuevo de la nueva evangelización proviene de la historia, esa historia que la mentalidad de nuestro tiempo tiende a considerar como absolutamente secular y autónoma. Este

---

[4] Cfr. PDV 11: Aunque la Exhortación Postsinodal (siguiendo al mismo Sínodo de 1990) se preocupa ante todo de la formación del sacerdote, como su título anuncia, no puede llegar a esto sin tratar antes de la naturaleza y misión del sacerdocio ministerial; y lo hace "re-descubriendo toda la profundidad de la identidad sacerdotal".

[5] DSD 23, Cap. I: la nueva evangelización. Allí 24 - 30: ¿Qué es la nueva evangelización?

otro malentendido es más grave todavía que el anterior; en definitiva lo que se esperaría del nuevo evangelizador sería que se adaptara a los tiempos, que aprendiese de ellos, que se sometiese a su inexorable dominio. La identidad sacerdotal, como algunos lo han pretendido después del Concilio y lo pretenderían ahora otra vez con tal interpretación, estaría determinada por los cambios históricos —valorados incluso por el magisterio eclesiástico en perspectiva no precisamente negativista. Ante esto, es necesario entender desde Cristo las exigencias históricas presentadas al sacerdote por la nueva evangelización, así como la misma novedad de ésta.

Cristo es la clave para entender toda evangelización, que parte de un mandato suyo a sus apóstoles y sucesores (DSD 23); y para entender la nueva evangelización, que"tiene como punto de partida la certeza de que en Cristo hay una 'inescrutable riqueza' [Ef 3, 8], que no agota ninguna cultura ni ninguna época y a la cual podemos acudir siempre los hombres para enriquecernos" (DSD 24, con cita de DI 6). Jesucristo mismo, inagotable don infinito de Dios Padre como 'buena noticia', es la perenne novedad gratuita que se regala a la historia humana. Esta es la razón por la cual lo nuevo de la evangelización no solo no puede consistir en un nuevo evangelio, como aquí se dice (ibidem, con igual cita), sino consiste más bien en ese "solo y único evangelio" del Padre que es Cristo, en cuanto da "luces nuevas para los problemas nuevos". Esta es también la razón que fundamenta aquella notable sentencia del Papa (PDV 12): "La referencia a Cristo es la clave absolutamente necesaria para la comprensión de las realidades sacerdotales", también en sus cambios y nuevas exigencias, ya que "el sacerdocio de Cristo, expresión de su absoluta 'novedad' en la historia de la salvación, constituye la única fuente y el paradigma insustituible del sacerdocio del cristiano y, en particular, del presbítero".

Pero como, frente a esto, persiste un difuso horizonte de pensamiento teológico, que en el fondo tiende a señalar, para la novedad de la evangelización, otro origen fuera del inmediato señorío de Cristo (aunque se lo relacionara con el Espíritu Santo) [6], conviene insistir, como lo hace Santo Domingo, acogiendo la orientación del Papa

---

6 Se podrá argüir sutilmente, acaso en nombre de tendencias filosóficas muy caras a la razón moderna, que en definitiva es la novedad del presente histórico lo que determina el que se saquen del evangelio de Cristo tales o cuales respuestas a los interrogantes o desafíos del tiempo. ¿No dice esa misma razón que la pregunta y el modo de preguntar ya condicionan y aun prefiguran la respuesta? ¿No parece afirmarse en teologías actuales que la revelación de Dios en la creación y en la cultura sigue progresando todavía, movida por el Espíritu Santo, pero de cierta forma extracristiana, a través de las manifestaciones

[7], en la absoluta primacía de Cristo, a quien hay que volver para entender y discernir todo lo nuevo, no solo del evangelio ante la historia, sino de la historia misma en sus tiempos, ritmos y leyes. Por eso, al definir la nueva evangelización se dice en el documento de Santo Domingo que ella es ante todo una llamada a la conversión, a la esperanza apoyada en la certeza de la resurrección de Cristo, como fundamento de toda promoción humana y principio de toda auténtica cultura cristiana; es un nuevo Pentecostés, como ámbito vital para que surja un pueblo renovado de hombres libres. Sólo después de asentar estos criterios de comprensión teológica, el documento de Santo Domingo, ya en otro plano, añade que la nueva evangelización es un conjunto de medios, acciones y actitudes para que el evangelio entre en mutua interpelación con la modernidad y lo postmoderno; y que es también un esfuerzo por inculturar el evangelio en la situación de nuestro continente.

En esta misma forma se estructuran y subordinan dentro del documento los tres grandes temas propuestos a la IV Conferencia del Episcopado, es decir, nueva evangelización, promoción humana y cultura cristiana [8]: no son tres tareas, acaso igualmente importantes; el tema de la nueva evangelización, como mandato histórico de Cristo, define la única tarea y engloba todo lo demás, de modo que los otros dos temas son dimensiones de la misma nueva evangelización, abiertas por la naturaleza intrínseca de ésta, no añadidas acaso o impuestas por la urgencia de los tiempos que corren, aunque ciertamente enunciadas y analizadas en la lectura y discernimiento evangélicos de los "signos de los tiempos", aquí siempre aludidos, de los que luego nos ocuparemos.

La positividad de lo nuevo proviene en definitiva de Cristo, Señor de la historia, que con su encarnación y su sacrificio redentor ha rescatado la libertad humana,

---

históricas, y —por consiguiente— que con esta historia no eclesial del mundo debe dialogar la Iglesia, como prolongadora que es de la encarnación de Cristo, a fin de aprender cosas muy importantes para la evangelización? Sobre esta problemática véase el interesante artículo de **Sergio Silva G. SS.CC.**: Los temas ausentes de Santo Domingo, en el número ya citado de *Persona y Sociedad,* 120 - 136.

7 Cfr. DSD 24, con nuevas citas de DI.

8 Esta posición fundamental, decisiva para entender Santo Domingo, está expresada en varios lugares de DSD, como en la introducción a la segunda parte (Jesucristo evangelizador viviente en su Iglesia), cuyo capítulo primero trata justamente de "la nueva evangelización". Cfr. 22, último párrafo, tras la evocación del mandato evangelizador de

corresponsable de la historia, y no deja de ofrecer libre y gratuitamente todos sus dones al juego intrahistórico de las personas y culturas, dentro y fuera de la Iglesia, recapitulándolos de antemano en su persona de resucitado, como viviente Evangelio del Padre por el Espíritu.

2.2. El sacerdocio de "Jesucristo hoy" en la historia

Un excelso don histórico de Cristo a la humanidad es —según el magisterio de los documentos que estudiamos (PDV 12, citado por DSD 70)— su propio sacerdocio: don que tiene su fuente en la Trinidad de Dios, y don por cierto eminentemente eclesial en cuanto fundante del misterio de la Iglesia. Cristo ha sido constituido y enviado por el Padre en el Espíritu como el supremo y perpetuo sacerdote de la nueva y eterna alianza, que se ofrece como tal a la participación libre de los hombres en el sacerdocio común de sus fieles, ofrenda y consagración bautismal para salvación del mundo: y además se ofrece, para servicio o 'ministerio' de este sacerdocio común y del mundo entero, a algunos varones escogidos y llamados por vocación particular, consagrados con una nueva unción sacramental, que participan "con ligazón ontológica específica" del ser sacerdotal de Cristo como sacerdotes ministeriales (obispos y presbíteros). Estos, en efecto, actúan personificando al mismo Cristo en cuanto Cabeza, Esposo y Pastor, como su continuación, su presencia, su imagen viva y transparente, en los tres ámbitos de la misión sacerdotal de Cristo, el de anunciar y enseñar la palabra de Dios, el de reconciliar y santificar —ante todo por el sacrificio eucarístico y los demás sacramentos— y el de gobernar con una caridad pastoral, para edificar así la comunión eclesial como signo e instrumento de la unión con Dios y de la unidad de todo el género humano.

Así pues, en sus ministros ordenados como sacerdotes, el mismo Cristo resucitado

Cristo (Mt 28, 19 - 20), según la cita del Papa en DI, 2.- Pero sobre todo esta posición es coherente con la opción básica de Santo Domingo, aprobada al comienzo de la Conferencia sin ningún voto en contra: poner como fundamento, punto de partida y talón de fondo del documento aquella profesión de fe en Jesucristo, rotunda, valiente y fervorosa, con que el Sumo Pontífice abrió su discurso inaugural y que pidió fuera el hilo conductor de los trabajos. Al ejecutar esta opción básica (cfr DSD 3 - 15) los redactores antepusieron la proclamación del Señorío de Cristo en la historia, referido precisamente a la primera evangelización de nuestro continente (DSD 2) y extendido también, hacia el final de la misma profesión de fe (DSD 13), a la nueva evangelización con sus dos dimensiones intrínsecamente derivadas del mandato inicial: la promoción del desarrollo integral humano y la inculturación del evangelio para que nuestra cultura llegue a ser cristiana.

y sentado a la diestra del Padre sigue hoy, por fuerza del Espíritu Santo, haciendo presente y operante su persona en cuanto Cabeza del cuerpo de creyentes, en un modo místico pero realísimo, dentro de la Iglesia y para el servicio evangelizador del mundo en su autónomo —aunque no idependiente— desarrollo histórico. Este servicio se cumple a lo largo de una promoción de las urgentes aspiraciones de la persona y de la sociedad humanas, hechas a imagen del Hijo encarnado pero heridas por su propio pecado, y a lo largo del diálogo mutuamente efectivo con las culturas, creadas así mismo en Cristo y para Cristo, pero marcadas por tantos signos de muerte.

Es claro que en esta forma de entender la evangelización, lo mismo la antigua que la nueva, no puede existir, según los documentos de la Iglesia, ningún otro evangelizador fundamental sino Jesucristo, sumo y eterno sacerdote, hijo de Dios e hijo de María. Los primarios evangelizadores, también de la nueva evangelización, son quienes participan —en forma verdadera y místicamente personificante— de este sacerdocio "capital" de Cristo: los ministros ordenados, quienes para recibir el don de esta "consagración ontológica" (de que habla la teología aquí comentada [9] podemos decir que vuelven en cierto modo a nacer de Dios Padre y de María— la Iglesia. Así se verifica una vez más, según el lema neotestamentario (cfr. Hebr 13, 8) dado por Juan Pablo II a la IV Conferencia, ese HOY de Jesucristo, también y precisamente en la capitalidad de su sacerdocio evangelizador: Jesucristo, a través de sus ministros sacerdotales, el mismo ayer, hoy y siempre.

Si el sacerdote depende de Cristo en su ser ontológico y en su actuar eclesial, también es dependiente de El en las adaptaciones históricas de su presencia pastoral y de su preparación formativa. En realidad, los poderosos cambios de nuestros tiempos, que afectan en amplitud y profundidad la tarea evangelizadora y el perfil del sacerdote evangelizador, provienen en última instancia de esa misteriosa y providencial conducción de los destinos de hombres y pueblos que ejerce Jesucristo, como Señor de la historia y Cabeza de la Iglesia [10]. Así su atributo de Sacerdote es indisoluble

---

9 Cfr PDV 11 y todo el capítulo II (11-18).

10 Cfr. DSD 16, con cita de Juan Pablo II; cfr. también la oración de la liturgia del Viernes Santo por los gobernantes.- Nótese que la participación ontológica del sacerdote ministerial en el carácter sacerdotal de Cristo, en cuanto Cabeza, Esposo y Pastor de la Iglesia, no va unida a una participación semejante en el carácter de Rey universal de la creación histórica. Una falsa concepción, en este último sentido, conduciría a graves errores acerca de la relación entre la Iglesia (con su jerarquía sacerdotal) y el mundo (con su estructura

del otro con que la liturgia no deja de venerarle, el de Rey universal.

Por consiguiente, es necesario entender desde el Señorío de Cristo el momento presente de la historia, con su situación cultural (muy marcada por lo que aun en estos documentos se denomina modernidad y postmodernidad) y con su problemática religiosa y eclesial (que está en obvia relación con aquella situación cultural, pero se halla configurada por datos propios irreductibles). Encontramos así una compleja situación en que todos los elementos se entrelazan hasta formar este nuevo fenómeno de nuestros días, que los analistas unánimemente reconocen ser de enorme importancia, de características inéditas, y que desde la fe reconocemos como un kairos del todo providencial; incluso podría significar éste un prenuncio, el más serio hasta ahora y el más misericordioso, del Reino prometido que está viniendo a nosotros. Para la Iglesia parecería ser evidente que el fin del segundo milenio cristiano en la vida de la humanidad, y del medio milenio cristiano en América, no representan solo cifras de un convencional sistema aritmético, aptas para suscitar consignas fríamente planificadoras o —por lo contrario— aterradores pronósticos fatalistas, sino son más bien símbolos de honda radicación religioso-cultural que apuntan a la categoría teológica de 'signos de los tiempos'. siendo esto así, nuestro momento histórico, con el que se confronta la evangelización y el sacerdocio, debe someterse al discernimiento evangélico, como lo piden estos documentos estudiados [11]. De este modo relucirá con el esplendor de la fe, para este mundo nuestro angustiado y llamado a la esperanza, la actual misión histórica del sacerdote, con su nuevo perfil surgido de su identidad perenne, como esa prolongación, personificación y presencia renovada del mismo Señor Jesucristo, Cabeza, Esposo y Pastor de la Iglesia, Evangelizador de los pueblos y culturas.

---

secular), entre el sacerdocio jerárquico y el sacerdocio bautismal. Tales errores están muy lejos de las posiciones aquí defendidas sobre el señorío de Cristo sobre esa historia que afecta por igual a bautizados y no bautizados, a laicos y a clérigos.

[11] Cfr DI 1; PVD 10; DSD 2.2: Los nuevos signos de los tiempos en el campo de la Promoción Humana.- El número 10 de la exhortación postsinodal hace una presentación muy fina del discernimiento acerca de la "compleja situación actual" que presenta desafíos para el perfil sacerdotal. Ofrece una secuencia que va del conocimiento de los datos dentro de un cuadro de conjunto (obtenido incluso por la investigación científica) a su interpretación (con especiales riesgos), la cual exige un principio cognocitivo y un criterio de opciones según el evangelio. Así es posible percibir en los hechos históricos la apelación de un deber moral, que en definitiva es la llamada de Dios, "vocación" con particulares implicaciones cuando se trata del sacerdote.

3. Nuevo perfil del sacerdote evangelizador

3.1. Discernimiento evangélico del kairos presente

3.1.1 El análisis de los tiempos

La exhortación postsinodal expone la situación actual (PDV 6 - 9) "mediante alusiones y a modo de ejemplo" (PDV 10), para fundamentar el discernimiento que ayudará a formar sacerdotes "a la altura de los tiempos". Trata en primer lugar de los factores que atañen al ministerio sacerdotal, en sus aspectos favorables (PDV 6) y en los problemáticos o negativos (PDV 7); cada uno de esos puntos los considera tanto en la sociedad en general cuanto en el ámbito religioso y eclesial. Aquí se recoge, en sus facetas de distinto signo, todo lo principal que se ha dicho respecto de la modernidad, centrada en el valor subjetivo del hombre, a causa sobre todo de su razón autónoma (vista en la perspectiva científico-tecnológica) y de su voluntad libre (cada vez más experimentada en horizonte societario y planetario). En cuanto a lo propiamente eclesial, reaparece aquí, asumida por el Sínodo, la conocida problemática de los tiempos postconciliares.

Sigue entonces el análisis dedicado a la situación de la juventud (PDV 8-9), en el que se manifiesta cómo por una parte se agudizan y exacerban en nuestros días los signos de la modernidad y hasta se notan algunos de los rasgos llamados postmodernos; y por otra, que sienten más cercanamente las huellas de lo que en lenguaje del discernimiento ignaciano podríamos caracterizar como presencia de los dos espíritus contrarios, ahora más que nunca trabados en irreconciliable lucha: Primero, el Espíritu de Cristo, que suscita una nueva disponibilidad y búsqueda de valores éticos, religiosos y espirituales, de oración, de "desierto" y de estudio de la fe, concediendo nuevos carismas e inspirando especialmente toda clase de iniciativas grupales en movimientos comprometidos y agrupaciones juveniles de voluntariado, en comunidades eclesiales donde fuertemente participa la juventud, e inclusive con el mismo aumento de vocaciones sacerdotales en muchas partes. Pero también el espíritu del mal, ese 'enemigo de natura humana', se hace sentir con la seducción, realmente satánica, y hasta con la amenaza de autodestrucción, que proviene de los ídolos de este tiempo: el tener y el placer de la sociedad de consumo y del ideal materialista de desarrollo y bienestar, el egoísmo que malogra las relaciones interpersonales y se cierra ante el don y la gratuidad, la visión tergiversada de la sexualidad hasta absolutizarla; y como raíz, muchas veces, (influjo el más diabólico)

la experiencia desviada de la libertad, "como si Dios no existiese".

También a lo largo del documento de Santo Domingo se despliega una visión de la realidad histórica (que tanto afecta al sacerdote). Es un análisis pastoral que lleva al discernimiento desde la fe. Hay que recalcarlo así, por más que se haya afirmado que en esa Conferencia General el episcopado latinoamericano cambió su tradicional método que partía del "ver", donde se incluía un análisis socio-religioso. Ese balance de los tiempos coincide bastante con las apreciaciones de la exhortación postsinodal pero va mucho más al detalle concreto de la situación en el continente y puede, por lo mismo, iluminar más de cerca las exigencias que desde Cristo se plantean al sacerdote de hoy y de mañana a través de la historia, como se reconocen con la mirada de la fe. Los tres grandes temas del documento, que se desarrollan sobre todo en las dos primeras partes, contienen ese análisis histórico. Hay allí con frecuencia cierta explicable carga sobre los aspectos problemáticos y negativos de nuestra situación socio-cultural y eclesiástica. Pero la tónica del conjunto es esperanzadora.

En la sección dedicada al primero y principal tema, el de la nueva evangelización, se contiene también lo relativo a la realidad religiosa y eclesial: impacto del secularismo y ateísmo en nuestro comportamiento religioso y en nuestra sociedad de raigambre católica tradicional, difusión de sectas y nuevos movimientos religiosos, crecimiento de las estructuras de Iglesia y renovación de la fe.- Bajo "promoción humana" están los principales factores sociales y económicos, entre éstos en primer lugar los que constituyen "nuevos signos de los tiempos" (incluyéndose aquí —además de los ya tratados en anteriores Conferencias, como los derechos humanos, la pobreza y el trabajo— también la ecología y la tierra, la movilidad humana, el orden democrático, un nuevo orden económico, la integración latinoamericana); y luego el tema tan actual de la familia y la vida. En fin, bajo "cultura cristiana" se estudian, no tanto las realidades de nuestra cultura mestiza, tan importantes para la evangelización pero ya magistralmente analizadas por Puebla, sino los nuevos temas de la dimensión moral de la cultura frente a Cristo, la presencia de culturas indígenas y afroamericanas, la nueva cultura de la ciudad y la postmodernidad, concluyendo todo con la reiterada atención a los problemas educativos y de la comunicación social.

3.1.2. El análisis de la nueva evangelización

Según lo dicho, el discernimiento se extiende no solo a los retos que presenta el tiempo (y que están pasando ya a través del señorío de Cristo) sino también y

específicamente a las exigencias de esa nueva evangelización que directamente proviene del mandato renovado del Señor Jesucristo. En el documento de Santo Domingo encontramos los elementos para interrogarnos sobre este otro aspecto, cuando se dicen las características de la nueva evangelización (DSD 25 - 30). Ante todo el *sujeto*, que es toda la comunidad eclesial: obispos en comunión con el Papa, presbíteros y diáconos, religiosos y religiosas, todos los hombres y mujeres del Pueblo de Dios. ¿Qué puesto exacto le toca en esta enumeración (ya jerarquizada) al presbítero, y qué relación hay con la acción de los otros agentes? Así también entre los *destinatarios*, que no se enumeran (pues se entiende que son todos los sectores sociales, entre los que se recuerdan algunos de especial importancia actual) ha de entenderse que están los mismos sujetos (y en primera línea los sacerdotes), pues hay insistencia en que la Iglesia debe ser evangelizada para poder ser evangelizadora. Al determinar la *finalidad* (DSD 26) se la encuentra en la formación de hombres y comunidades tan maduros en la fe, que puedan responder a la nueva situación histórica (se menciona la modernidad); imposible dejar de ver aquí una pista que recalca la formación del nuevo tipo de sacerdote. Sobre todo el contenido (DSD 27) nos da la pista principal, cuando proclama que este no es otro sino "Jesucristo, Evangelio del Padre", retomando la hondura de adoración que había resonado en la profesión de fe inicial, con la insistencia de que "El rompe el horizonte estrecho en que el secularismo encierra al hombre"; ¡cuánta exigencia no trae esta confesión al sacerdote, que se sabe identificado con Cristo, evangelizador y evangelio al mismo tiempo! Por último, las *modalidades de novedad* que Juan Pablo II ha señalado en la nueva evangelización contienen requerimientos específicos para el sacerdote: antes que nada la santidad, destacada por el 'nuevo ardor' (DSD 28), pero también por aquella "conversión pastoral de la Iglesia... coherente con el Concilio", que se entraña en la 'nueva expresión' (DSD 30). Las otras modalidades, en particular las de los 'nuevos métodos' (DSD 29), tienen que ver mucho con la formación sacerdotal actualizada.

3.2. Algunos retos para la formación sacerdotal

3.2.1. Vocación a la santidad

Lo que ante todo llama la atención, al comparar los dos recientes documentos eclesiales que estamos estudiando, es la insistencia sobre la santidad del sacerdote dentro de la vocación a la santidad de toda la Iglesia. No es que este enfoque sea nuevo (ya el Concilio volvió a destacarlo), pero manifiesta una aguda preocupación que, en la formación sacerdotal, definitivamente debe prevalecer sobre las angustias

por el número. Esto, de modo particular para América Latina, donde la presencia de candidatos y de jóvenes sacerdotes vuelve a crecer, y mucho más que en otros países de vieja tradición católica, mientras las cifras relativas avanzan también en forma decreciente, al tomar en cuenta el número de habitantes y de fieles católicos.

El documento de Santo Domingo, poniendo al frente del Capítulo sobre la nueva evangelización un largo apartado sobre "la Iglesia convocada a la santidad", recuerda, con palabras del Papa en Uruguay, que esta santidad "es la clave del ardor renovado de la nueva evangelización" (DSD 32); se ocupa en ese apartado de acciones evangelizadoras y santificadoras, tan importantes como el kerygma y la catequesis, la celebración litúrgica, la religiosidad popular y la contemplación, que están referidas en modo inmediato a una actuación del sacerdote para la que éste debe formarse de manera adecuada y permanente.

Este redimensionar así la santidad del sacerdote en la nueva evangelización, según el documento de Santo Domingo, nace sin duda de la misma actitud pastoral que llevó en forma unánime a la opción fundamental de esa profesión de fe en Jesucristo, que hemos tenido ya ocasión de ponderar. No se trataba de salvar fórmulas ortodoxas. Había más bien la preocupación por pasar del plano intelectual de la teología al plano práctico y valiente de la confesión, en la conciencia de que lo que nos está faltando en la Iglesia, y lo que será única base de toda nueva evangelización, es una fe más vital y jubilosa, esa fe que se despliega como santidad en todas las dimensiones. Por eso, al tratar del ministerio sacerdotal, el documento de Santo Domingo recalca "la exigencia de una profunda vida espiritual" (DSD 70 - 71), remitiéndose al Sínodo de 1990 y a la exhortación postsinodal.

Esta dedica su capítulo III a la vida espiritual del sacerdote y lo inicia con lo específico de su vocación a la santidad, cuidando de poner ésta dentro del cuadro entero de la Iglesia, santa por vocación (PDV 19 - 20); ubica lo propio de la santidad del sacerdote en la configuración con Cristo por la caridad pastoral (PDV 21 - 23), que se actúa en el ejercicio del ministerio (PDV 24 - 26) y tiene su forma existencial de vivir el radicalismo de los consejos evangélicos (PDV 27 - 30).

En esta perspectiva cobra toda su importancia lo que luego se dice allí mismo sobre la vocación sacerdotal y su cultivo (PDV Cap IV): ésta debe entenderse ante todo como vocación a la santidad en una particularísima identificación con Cristo, abrazado en sus propiedades de Esposo y Pastor de la Iglesia (lo cual determina toda una actitud nueva, por ejemplo hacia el celibato y hacia la entrega a los otros fieles

y en especial a los pobres), más bien que como un enrolamiento en las filas clericales con sus respectivos requisitos obligatorios, sobre cuyo sentido o convivencia pudiera discutirse todavía. De modo prioritario y urgente, se nos dice (PDV 37), hay que rehacer desde la fe, y proclamar en la evangelización, esa 'mentalidad cristiana' acerca del verdadero rostro de Dios que llama y del hombre que responde: la vocación no puede quedar subsumida bajo la categoría utilitarista de 'mercado ocupacional' o subjetivista de 'proyecto propio'; ni tampoco la fe puede perder su carácter dialógico esencial de encuentro en gozosa obediencia con el Padre, que nos descubre lo mejor de nosotros mismos. No son distintas las preocupaciones retomadas por el documento de Santo Domingo cuando presenta "las vocaciones al ministerio presbiteral y los seminarios" (DSD 78 - 84).

3.2.2 La dimensión comunitaria

El Sínodo y el Papa sitúan el cultivo de la vocación e identidad del sacerdote, así como la formación de éste, dentro de una eclesiología de comunión, que por Cristo hunde sus raíces en la comunidad trinitaria de Dios mismo [[12]]. De interés muy actual es la puesta en guardia contra una concepción "individualista e intimista" de la vocación, como si ésta llegara "por vía directa, sin mediación comunitaria alguna" (PDV 37). Para ayudar en el sentido correcto, aquí como en los principales problemas vocacionales y formativos, es, por lo tanto, indispensable la dirección espiritual, que se recomienda repetidas veces en los documentos estudiados [[13]]; ésta, siendo un proceso individual, tiene sin embargo una importante función de encaminamiento y aglutinamiento comunitario. Es la comunidad del seminario, como comunidad humana, jerárquica y educativa, la que sigue llamada a desarrollar en primer lugar esta dimensión infaltable y hoy más necesaria de la formación sacerdotal (PDV 43, 60, 66, etc.)

---

[12] Cfr. PDV dentro del capítulo sobre *"naturaleza y misión del sacerdocio ministerial"*, Nº 12: "La Iglesia misterio, comunión y misión". Obsérvese que esta comunión de la eclesiología se presenta radicalmente como trinitaria y, por tanto, la referencia comunional "prioritaria" del sacerdote es la que lo une a Dios por el mismo Cristo, antes que a la Iglesia (considerada en los hombres que la componen: "comunión con el Obispo y con los otros presbíteros, para servir al pueblo de Dios"), aunque esta última referencia a la Iglesia así entendida no deje de proclamarse necesaria y esencial.- En el Nº 41 se insiste en que "la pastoral vocacional tiene como sujeto activo, como protagonista, a la comunidad eclesial como tal". Y en el cap. III, sobre los *protagonistas de la formación sacerdotal"*, se repite que "es la Iglesia como tal el sujeto comunitario" de tal formación.

[13] Cfr. PDV 40, 66 etc.- DSD 80, etc.

Pero hay que confesar que la relación a los demás dentro del seminario o la casa de formación y desde allí hacia afuera no basta; la exhortación, además de insistir en el papel de la familia (PDV 41) habla de otros factores importantísimos hoy, como las comunidades de origen, asociaciones y movimientos juveniles (PDV 68), la pertenencia y dedicación a la Iglesia particular, vivida como valor espiritual, así como también la vinculación a varias tradiciones de vida espiritual en asociaciones eclesiales y movimientos antiguos y nuevos (PDV 31), la apertura misionera universal y a los más lejanos del propio ambiente (PDV 32). Estos nuevos acentos, que ya se están poniendo en la formación sacerdotal, parecen decisivos para responder hoy a Cristo, evitando riesgos y dificultades que afligen a la Iglesia.

Por lo que toca a la América Latina, no oculta el documento de Santo Domingo que, en contra de la dimensión comunitaria del ministerio sacerdotal, hay tensiones entre los sacerdotes y otros sectores del pueblo de Dios. Sacando conclusiones también para la formación inicial y la permanente de los pastores, se encara "el desafío de la unidad", ante la existencia de 'divisiones y conflictos" de los pastores entre sí mismos y con las personas y comunidades a ellos encomendadas (DSD 68 - 69); cfr 56, 62, 208, etc). Si por una parte se afirma que los laicos han de ser 'protagonistas' de la nueva evangelización (DSD 103), se reconoce también que hay aún mentalidad clerical (DSD 93, 97). Con los religiosos, que han tenido y siguen teniendo en nuestro continente un peso muy grande en el ministerio sacerdotal de la Iglesia, estos textos, aun subrayando su presencia de vanguardia en primarios sectores de la evangelización (DSD 85 - 91), dejan traslucir que han existido tensiones y conflictos contrarios a la verdadera comunión eclesial (DSD 92); algo de esto mismo se advierte también respecto de los nuevos movimientos y asociaciones (DSD 102), precisamente —como es conocido— a causa de las modalidades con que se erigen y se llevan sus propios seminarios sacerdotales.

De todo esto resulta una urgente llamada a que se instaure un estilo verdaderamente comunitario en la formación, que no sólo sirva al cultivo de la espiritualidad que hoy requiere el sacerdote (y aquí entra de lleno todo el tema del celibato), sino también colabore a su esmerada formación humana y lo introduzca al servicio que por vocación debe prestar a la Iglesia y al mundo [14].

---

14 Cfr. PDV 16 - 18. En este último Nº 18: La nueva evangelización exige sacerdotes con un nuevo estilo de vida pastoral, no 'clerical', en comunión y colaboración con los diversos estamentos y carismas. Ver también Nº 81, que recomienda las varias formas de vida común entre sacerdotes.- Sobre la dimensión comunitaria en la formación humana, Nº 43, con

3.2.3. La cultura y los estudios

"La formación intelectual de los candidatos al sacerdocio... manifiesta su urgencia actual ante el reto de la nueva evangelización" (PDV 51). Esta declaración programática de Juan Pablo II coincide con la línea fundamental del documento de Santo Domingo, muy consciente de que la nueva evangelización tiene que ser, en la línea de *Evangelii Nuntiandi* ya asumida por Puebla, una 'evangelización de la cultura' (DSD 228 - 230); aunque, a decir verdad, en las consecuencias concretas para la formación en los seminarios podría haberse esperado de este documento una insistencia más explícita (cfr. DSD 83 - 84). Esta observación quizás puede ligarse a la otra, de que el documento latinoamericano, al tratar de la cultura (bajo el título de "cultura cristiana"), más que de los presupuestos básicos del tema, que guardan toda su actualidad y urgencia en nuestro continente, se ha preocupado de los desafíos presentados por dos grandes fenómenos culturales, que ya anunció Puebla pero ahora parecen llegar a captar la conciencia eclesial, acaso desdibujando un tanto el resto del panorama: la irrupción de la civilización moderna y postmoderna, sobre todo en sus formas urbanas, y la nueva vigencia de culturas indígenas y afroamericanas.

Tampoco hay que olvidar, en este contexto, el influjo que, sobre la formación sacerdotal, ha tenido y sigue teniendo la importantísima y urgente "opción preferencial por los pobres", reafirmada solemnemente por este documento de Santo Domingo (DSD 178 - 180, 296, 302, etc.), también en lo relativo a aspectos intelectuales y culturales, reflejados ante todo en la vida de estudios: así como se ha dado —en general debe decirse que para notable mejoramiento— una reorientación de toda la actividad formativa frente a este enorme reto, debe también anotarse que en muchas partes han sufrido los estudios con esta ocasión. Son precisamente estos estudios los que deberían capacitar al sacerdote para las correspondientes tareas de evangelización, que no son obra solo de la generosidad sacrificada, sino de la sabia comprensión de las situaciones, con sus causas y remedios, así como también de las propuestas de la Doctrina Social de la Iglesia (ampliamente recomendada por nuestros dos documentos).

Se hace, pues, necesario tomar muy en serio las exhortaciones de *Pastores Dabo*

---

atención también al celibato; sobre éste último, en la misma dimensión, ver Nº 29 y 49.- Sobre la relación al servicio de la Iglesia y del mundo es elocuente la propia cita del Papa (Nº 17): "El ministerio ordenado tiene una radical 'forma comunitaria' y puede ser ejercido sólo como 'una tarea colectiva'".

Vobis acerca de la formación intelectual (Nº 51 - 56), tanto en el punto últimamente indicado (con una actitud muy positiva frente a las ciencias sociales y humanas, que se integren en la recta visión teológica del fenómeno —y misterio— de la pobreza, y frente a todo el universo de comprensión hoy requerido), como en los demás puntos allí señalados. En particular, desde la perspectiva latinoamericana permítaseme recordar, para concluir, algunos pocos más: Se necesita una presencia completa y mejor integrada de los diversos elementos mencionados por el Papa para la formación intelectual, que podrían organizarse en torno a cuatro núcleos, bajo una clara y estructurante primacía del misterio de Cristo: la teología, la filosofía, las ciencias positivas (sobre todo las humanas), y el conocimiento del lenguaje y la comunicación en sus diversas formas actuales. Allí donde se sigue la valiosa posibilidad, abierta por la renovación conciliar, de un currículum integrado de filosofía y teología, en especial en los seminarios, debe cuidarse mucho más la naturaleza intrínseca de este acceso a la verdad, que sin pretender sumar dos carreras científicas, la filosófica y la teológica, inaccesibles en su forma completa a tantos valiosos candidatos, y sin atentar tampoco contra la especificidad y autonomía propia de cada una de las dos disciplinas, pretende abrir una comprensión más sintética y más cercana a ese mundo al que el sacerdote está enviado, justamente el mundo de la nueva evangelización. No quiere decir esto que la revisión, en clave pastoral integradora, de la formación intelectual del sacerdote esté reservada solo a los seminarios; también las facultades y universidades, expresamente aludidas en estos documentos, tienen aquí una tarea primordial, pues además de ofrecer a candidatos selectos, para su formación de futuros pastores, todas las posibilidades y ventajas que ofrecen los estudios del seminario, están comprometidas a llevar adelante el diálogo de la fe con la ciencia, y la Iglesia con la cultura, a través de una teología de veras creyente y orante, dentro del pensamiento y el lenguaje de una filosofía tan auténtica, tan dialogante y sincera que merezca llamarse la 'filosofía cristiana' de una 'cultura cristiana' [[15]].

Pero —gracias sean dadas al Señor— en este último aspecto, como en los demás de la entera formación primera y permanente del sacerdote, y en la nueva conciencia de la identidad y misión sacerdotales, sentimos ya aquella inmensa y "extraordinaria efusión del Espíritu de Pentecostés" (PDV 82), que es el misterioso ímpetu de esperanza transformadora, propio de la nueva evangelización (DSD 24, según DI 30 - 31).

---

[15] En este sentido son de inestimable importancia para la formación intelectual del sacerdote las respectivas orientaciones y normas de las Constituciones Apostólicas *Sapientia Christiana* y *Ex Corde Ecclesiae*.

MISA POR LA FRATERNIDAD ECUATORIANO-PERUANA

1ra. Lectura: I Jn, 3, 14 - 18 — *"Nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida, porque amamos a los hermanos"*
Salmo 132: — *"Ved qué paz y alegría convivir los hermanos unidos"*
Aleluya - Amémonos unos a otros ya que el amor es de Dios. Aleluya
Evangelio: Jn. 15, 9-13. 17 — *"Lo que os mando es que os améis los unos a los otros".*

"Ved qué paz y alegría convivir los hermanos unidos" Sal. 132, 1

La vecina República del Perú celebra su fiesta nacional el 28 de julio, por conmemorarse en esta fecha la solemne y pacífica proclamación de su independencia nacional, hecho acaecido el 28 de julio de 1821 en la Plaza de Armas de Lima.

Este acontecimiento se desarrolló de la siguiente manera: Tal como se había anunciado, cuando el General José de San Martín había llegado a Lima, el sábado 28 de julio de 1821 fue el día señalado para la proclamación de la independencia del Perú. La ceremonia, efectuada en la mañana de aquel día, fue a la vez solemne y sencilla. Comenzó, cuando salió San Martín del Palacio de los Virreyes a la Plaza de Armas, acompañado por el Gobernador de la ciudad, Marqués de Montemira y de todos los generales del ejército libertador. También integraban el séquito los catedráticos de la Universidad y los prelados de los conventos, los alcaldes y regidores del Cabildo, el ilustre Colegio de abogados y los miembros de la nobleza criolla, entre los cuales se destacaba el Conde de la Vega del Ren, el antiguo conspirador y patriota, que planeó la deserción del Batallón Numancia.

La comitiva iba precedida por un regimiento de Húsares a caballo, encargándose este cuerpo de jinetes de abrirle calle entre la apiñada multitud que llenaba la Plaza Mayor. Llegados San Martín y sus acompañantes al tabladillo de madera levantado en el centro de la Plaza, hubo una ovación impresionante. Calmada por un momento la alegría popular, San Martín recibió la bandera roja y blanca con su escudo de armas por él diseñado, haciéndole la entrega al Marqués de Montemira. Entonces enarbo-

lando el pendón para que pudieran verle todos, expresó en voz clara y solemne las siguientes palabras, que pueden ser consideradas como la fórmula de la proclamación de la Independecia: "El Perú es, desde este momento, libre e independiente por la voluntad general de los pueblos y por la justicia de su causa que Dios defiende".

En esta proclamación de la Independencia del Perú San Martín hizo una invocación a Dios, quien defiende la justa causa de ese pueblo, es decir, consagra creencias, convicciones y principios precisamente sembrados por España, manteniendo y reafirmando el patrimonio cultural y espiritual representado, no solo en el idioma, sino también por la religión cristiana enraizada en nuestros pueblos de América Latina, desde que, hace quinientos años, se inició la evangelización de América.

Este es el gran acontecimiento histórico que el Perú celebra en su Fiesta Nacional el 28 de julio. Después, por decreto del 27 de diciembre de 1821, convocó San Martín a la ciudadanía, para que eligiera, por primera vez, a los diputados de un Congreso Constituyente. Este primer Congreso Constituyente se reunió el 20 de septiembre de 1822 y estableció la forma de gobierno republicano, por la que se regiría el Perú y para promulgar la Constitución o Ley fundamental que se creyó más conveniente.

Hoy, por iniciativa y gentil invitación del Sr. D. Eduardo Ponce Vivanco, Embajador del Perú en el Ecuador, celebramos esta Eucaristía en este Santuario mariano de Guápulo, para solemnizar la Fiesta Nacional del Perú.

En esta Eucaristía, no solo queremos rendir gracias a Dios, Señor de la Historia, por el beneficio de la libertad e independencia otorgado al Perú hace ciento setenta y dos años, sino también deseamos, iluminados por la Palabra de Dios, que ha sido proclamada en esta celebración, impetrar de Dios, que es amor, que se vaya intensificando y perfeccionando la fraternidad y la mutua comprensión entre los dos países: Ecuador y Perú. Que nuestras relaciones sean tan amistosas y fraternas, que pueda cumplirse en favor nuestro aquel anhelo gozoso expresado en el salmo 152: "Ved qué paz y alegría convivir los hermanos unidos"!

Las relaciones entre los dos países vecinos, Ecuador y Perú, no han estado marcadas a lo largo de la historia por el signo positivo de la comprensión mutua, de la amistad y de la fraternidad. Un diferendo territorial y limítrofe, que se remonta a 1830 ha creado un ambiente de tensión, de recelo mutuo y de enemistad entre los dos países. El diferendo o problema territorial en diversas ocasiones se ha agravado hasta llegar

a confrontaciones bélicas de tremendas consecuencias para la economía y situación social de nuestros pueblos, como en la invasión de la provincia de El Oro en 1941 o las peligrosas confrontaciones de Paquisha, Mayaycu y Machinasa en 1981.

Las confrontaciones bélicas, que exigen, por otra parte, una carrera armamentista desmedida, no pueden ser en manera alguna solución para nuestro problema. Las confrontaciones bélicas y el armamentismo arruinan nuestras ya débiles economías y son un duro golpe para el desarrollo económico y social de nuestros pueblos; las pretendidas soluciones bélicas perturban la paz de la Región y del Continente y se constituyen en el peor óbice a los anhelos de integración de nuestros pueblos.

Gracias a Dios, en estos últimos tiempos y especialmente en 1991, este ambiente de tensión, de recelo mutuo y de hostilidad ha venido cambiando en otro ambiente positivo de diálogo, de mayor apertura y de amistad entre los gobernantes y los pueblos de nuestros dos países. Las visitas del Presidente del Perú al Ecuador y la anunciada visita del Presidente del Ecuador a Lima a fines de este año han confirmado y contribuyen a consolidar y perfeccionar este nuevo clima de diálogo sincero y franco, de amistad y comprensión y, en definitiva, de fraternidad entre el Ecuador y el Perú.

Celebramos esta Eucaristía, en la Iglesia de Guápulo de Quito, para implorar de Dios el don de la paz y de la comprensión entre los dos países y para impetrar de Dios, Padre común de todos los hombres y de todos los pueblos, la gracia de que se haga efectiva la fraternidad entre nuestros pueblos.

La palabra de Dios proclamada en esta celebración ha sido una reiterada e insistente invitación que Dios nos dirige a que practiquemos el amor fraterno, que debe unir a nuestros dos países. El Apóstol San Juan, nos ha recordado en su primera carta que "Nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida, porque amamos a los hermanos"; que debemos amarnos unos a otros como hermanos "no solo de palabra o de boca, sino con obras y según la verdad". Con el diálogo, con la discusión serena de nuestros problemas, con la búsqueda de soluciones justas, honrosas y convenientes, practicaremos, con obras, nuestro amor fraterno.

En el salmo 132, la Palabra de Dios nos da la seguridad de que un convivir fraterno en unión y amistad nos asegurará la paz y la alegría en las relaciones entre nuestros pueblos: "Ved qué paz y alegría convivir los hermanos unidos".

En el Evangelio es Jesucristo mismo quien nos recuerda que a los hombres y a los pueblos de la Tierra nos ha dado un mandamiento nuevo, un mandamiento suyo: de que nos amemos los unos a los otros, como El nos ha amado. Nos dice: "permaneced en mi amor". "Este es el mandamiento mío: que os améis los unos a los otros, como yo os he amado". "Lo que os mando es que os améis los unos a los otros". Los pueblos ecuatoriano y peruano de tradición cristiana, son pueblos, en su gran mayoría, católicos; por tanto, son pueblos constituidos por cristianos, por discípulos de Cristo. Por lo mismo, los pueblos ecuatoriano y peruano deben esforzarse por cumplir el mandamiento nuevo de Jesucristo, amándose mutuamente como pueblos hermanos. Pidamos a Dios y trabajemos porque se vaya perfeccionando la fraternidad entre los pueblos del Ecuador y del Perú.

Por otra parte, la situación geográfica, los antecedentes históricos y los valores culturales de nuestros pueblos son comunes y, por lo mismo, son factores positivos que deben contribuir a perfeccionar la unión y la fraternidad entre el Ecuador y el Perú. Los dos pueblos se asientan en una región de características geográficas comunes: ocupan la zona andina con una planicie en la Costa del Pacífico, con una altiplanicie en la cadena de los Andes y una región selvática que se extiende hacia el Oriente. Los dos países tienen comunes antecedentes históricos en los primitivos pueblos indígenas unificados por los Incas y conquistados por España. Los dos países tienen una común historia de casi tres siglos de coloniaje español. La independencia de los dos países se debe en definitiva a la intervención de los libertadores Bolívar y Sucre, triunfadores en Junín y Ayacucho.

El Ecuador y el Perú tienen también comunes valores culturales en el mestizaje, en el idioma, en la religión. En cuanto a valores espirituales de la santidad y la perfección cristiana, si Lima tiene a Santa Rosa, Quito se gloría de su Azucena, Santa Mariana de Jesús. Si el Perú tiene a San Martín de Porres, que por su padre está relacionado con Guayaquil, el Ecuador tiene al Santo Hermano Miguel Febres Cordero. Lima ha sido también el ambiente propicio para el cultivo de la vida espiritual de nuestra Beata Narciza de Jesús, que falleció en un Monasterio de Lima, y de nuestra quiteña, la Sierva de Dios Rafaela Veintimilla, quien en Lima encontró en los agustinos una conveniente dirección espiritual, fundó una Congregación religiosa y murió en olor de santidad en la misma ciudad de Lima, en donde se ha introducido la causa de beatificación y canonización.

Si todas estas circunstancias geográficas, históricas y culturales abogan por la fraternidad entre el Ecuador y Perú, pidamos a Dios que consolide y perfeccione la

fraternidad entre estos dos pueblos.

En un ambiente de fraternidad, de comprensión mutua y de paz será posible buscar y encontrar la solución justa, honrosa y conveniente a nuestro problema territorial.

Que el Dios de la paz consolide y perfeccione, con nuestra cooperación y correspondencia, la fraternidad entre el Ecuador y el Perú.

Así sea.

Homilía pronunciada por Mons. Antonio J. González Z., Arzobispo de Quito, el 28 de julio de 1993, en el Santuario de Guápulo.

FECHA JUBILAR DE LA ORDEN MERCEDARIA

"Al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de una mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que se hallaban bajo la ley... de modo que ya no eres esclavo, sino hijo" (Ga 4, 4.5. 7)

Esta fecha, 10 de agosto de 1993, es de trascendental importancia, es fecha intensamente jubilar para la Orden de Nuestra Señora de la Merced. Hoy se cumplen 75 años, o sea, siete siglos y tres cuartos de siglos de la fundación de la Orden de Nuestra Señora de la Merced para la redención de los cautivos.

En este septingentésimo septuagésimo quinto aniversario de esta Orden religiosa, nos congregamos en esta Basílica de La Merced de Quito, para solemnizar con esta Eucaristía y "Te Deum" esta fecha jubilar. Con esta solemne Eucaristía y con el cántico del "Te Deum", la provincia ecuatoriana de la Orden de La Merced, unida con la Congregación religiosa de las Mercedarias Misioneras y con los seglares dedicados en esta Iglesia a fomentar el culto y devoción a la Sma. Virgen Nuestra Madre de la Merced, quiere tributar a Dios ferviente acción de gracias por el beneficio concedido a la Iglesia con la fundación de la Orden y también quiere

recibir, a la luz de la Palabra de Dios, que ha sido proclamada en esta celebración, el mensaje oportuno para continuar, con renovado compromiso, empeñada en la realización de su carisma actualizado en la Iglesia y en el mundo.

1. **Demos gracias a Dios por la gracia o carisma de la fundación de la Orden de La Merced, concedido a la Iglesia hace cerca de ocho siglos.**

Para la fundación de la Orden de La Merced, Dios se valió principalmente de San Pedro Nolasco, que es el oficial fundador de esta Orden.

Pedro Nolasco u Onolasch o más claramente Pedro Nolasco nació en Mas-Saintes-Puelles o San Pápulo, lugar situado entre Carcasona y Tolosa, en el bajo Languedoc, hacia fines del siglo XII, quizá entre 1182 y 1189. Pedro Nolasco fue de origen francés, pero de un lugar no lejano de Barcelona. Los habitantes de Languedoc mantenían frecuentísimo trato con Cataluña, por eso se dice que Nolasco vivió en Barcelona casi desde la infancia y que en esta ciudad recibió su educación. A los quince años perdió a su padre, quien le legó en herencia cuantiosas posesiones y el joven quedó bajo la tutela de su madre, que favoreció todas sus buenas inclinaciones. Desde niño fue caritativo con los pobres, practicó una acendrada piedad, de tal manera que desde joven contrajo la costumbre de ir a la iglesia en el silencio de la medianoche y asistir a los maitines.

Cuando Pedro Nolasco perdió a su madre, al ver el trato inhumano que los musulmanes daban a los cristianos cautivos, resolvió destinar sus bienes a su redención. Vendiendo cuanto poseía, sacó en Valencia a más de trecientos cristianos de la esclavitud.

La necesidad de no dejar a tantos cristianos cautivos de los infieles, abandonados a su propia suerte, y el buen resultado que venían dando los rescates movíanle a Pedro Nolasco a pedir a Dios con fervor se dignara perpetuar el santo ejercicio de las redenciones, suscitando en todas partes hombres de fe y de caridad ardiente, dispuestos a sacrificarse y exponer su vida por salvar a sus hermanos.

La visión de la Sma. Virgen María

El Altísimo escuchó sus ruegos, dice el P. Zumel, porque el año 1218, después de las vigilias y preces nocturnas acostumbradas, le pareció ver una multitud maravillosa de hombres que iban a su encuentro, llevando en medio cierta matrona insigne,

admirable por su aspecto y por su porte, acompañada de un coro hermosísimo de vírgenes. Conoció claramente que aquella era la Sma. Virgen María, quien le dirigió la palabra e, ilustrado interiormente por una luz celestial, oyó de ella la siguiente revelación: "Que la obra de redimir cautivos, a la cual él se aplicaba, era muy agradable al Señor, habiéndose de fundar una Orden religiosa, cuyos individuos imitaran el ejemplo de Jesucristo, redimiendo a los cristianos que los infieles tenían cautivos, de tal manera que se dieran a sí mismos en prenda, caso de ser necesario, para consumar la obra santísima de ponerlos en libertad. El nuevo instituto se llamaría de la Redención de cautivos de la Beata María de la Merced y la Sma. Virgen le mandó que él fuera el primero en vestir el hábito de esta Orden y su primer fraile, manifestándole que tal era la voluntad de Dios".

La mayoría de los autores, aceptando la versión popular que comenzó a correr en el siglo XV, recogida por el P. Gaver (1445) en su "Speculum Fratrum", han venido diciendo que San Raimundo de Peñafort y el rey Jaime I de Aragón tuvieron la misma visión en la misma noche. Mas actualmente los trabajos de crítica y depuración que se han impuesto no permiten seguir pensando así.

La visión de Nolasco sucedió de modo muy distinto del que se ha venido creyendo; pues no fue visión de algo material y corpóreo, percibido por los sentidos exteriores, sino interna y espiritual, al ser ilustrada su alma con una luz inefable y divina que le comunicó el Señor, mientras estaba el santo anegado en el piélago infinito de la más alta contemplación: "Lumine coelesti interius permotum, haec fuisse loquutam legimus".

Esta revelación o manifestación de la Sma. Virgen María a San Pedro Nolasco ha sido interpretada como un mandato que Dios hizo al Santo Fundador, por mediación de la Sma. Virgen, para fundar una nueva Orden religiosa. Esta convicción dominaba entre los primeros religiosos desde la fundación, pues el proemio de las antiguas Constituciones, promulgadas en el Capítulo de Barcelona el año 1272 por los mismos que habían conocido y tratado a Pedro Nolasco, dice: "El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, entre cuyas obras no hay distinción, decretaron por su misericordia y por su gran piedad fundar y establecer esta Orden de la Virgen María de la Merced de la Redención de Cautivos de Santa Eulalia de Barcelona, del cual decreto ordenaron a Pedro Nolasco, su mensajero, servidor y fundador, para llevarlo adelante".

La fecha y circunstancias de la fundación de la Orden de La Merced

La tradición y sentir más general es que la revelación para fundar la Orden se verificó durante la noche del día primero al dos de agosto de 1218.

Aunque el terreno estaba suficientemente abonado y sin dificultades mayores se podía llegar a la fundación, pasaron algunos días, durante los cuales el Rey y sus consejeros trataron con el Fundador y los primeros frailes todo lo referente y necesario para fundar un nuevo Instituto: los votos, la regla, que fundamentalmente debía ser la de San Agustín, la primera casa, etc.

La tradición, recogida en el "Speculum Fratrum" del P. Gaver, nos da el 10 de agosto de 1218 como el día de la fundación y esta misma fecha se leía en una lápida que existió encima de uno de los arcos que unen lo que fue convento con la iglesia de la Merced de Barcelona. Según la versión común, comenzó el acto con una lucida procesión, siguiendo después la Misa pontifical, celebrada por el Ilmo. D. Berengario de Palou, Obispo de Barcelona en su catedral. En esa Misa predicó San Raimundo de Peñafort y, al llegar al ofertorio, el Rey juntamente con el Obispo y el Santo impusieron el hábito a Pedro Nolasco. En esto, así como en otras cosas, la narración recogida por el P. Gaver contiene un fondo de verdad, pero desfigurada.

El Rey historiador Don Pedro IV dice sobre esta fundación: "Jaime, Rey de Aragón, nuestro tatarabuelo, delante del altar principal de la catedral de Barcelona estableció el Orden de Santa María de la Merced de los Cautivos, que en muchas partes del mundo se llama Orden de la Beata Eulalia, y en el mismo creó frailes laicos, a los cuales dispuso y dio el hábito, a saber: cierto escudo pequeño bajo el signo de la santa Cruz, puesta en la parte superior y debajo su señal real, entonces suya y ahora nuestra, colocada en el mismo escudo".

Lo que el Rey fundador, Jaime I, dio a los primeros mercedarios fue el escudo pequeño, o sea el campo de oro que iba debajo de la cruz blanca y además el signo real, es decir, los bastones o barras coloradas colocados en este mismo escudo pequeño con campo de oro. No les dio el hábito talar o vestimenta religiosa. El hábito fue impuesto por el Obispo Berengario, quien dio a la Orden naciente el ser canónico, por lo menos en su diócesis, con todos los requisitos que para ello eran necesarios. El Rey dio a la Orden la condición de Orden militar, de Orden real.

El P. Gaver dice que Fr. Pedro Nolasco, inmediatamente después de recibir el hábito, lo impuso a Fr. Guillermo de Bas, a Fr. Bernardo de Corbera, a Fr. Pedro Pascual y a otros.

Este es el acto de la fundación de la Orden de Nuestra Señora de la Merced para la redención de cautivos, acaecido hace exactamente 775 años y que hoy estamos recordando con sentimientos de gratitud a Dios, que concedió a su iglesia el don, la gracia o carisma de un nuevo y especial Instituto religioso, destinado a la liberación y rescate de los cristianos que caían cautivos en poder de los infieles.

2. Recibamos el mensaje de continuar con renovado compromiso la vivencia del carisma actualizado de la Orden de la Merced.

En esta importante fecha jubilar, septingentésimo septuagésimo quinto aniversario, de la fundación de la Orden de la Merced, los Mercedarios y Mercedarias deben recibir de la Palabra de Dios, que ha sido proclamada en esta celebración, el mensaje de continuar con renovado compromiso la vivencia del carisma actualizado de la Orden de la Merced.

La Orden de la Merced fue fundada, como Orden militar y religiosa, para dedicarse, con la colecta de limosnas, a la redención de los cristianos que caían cautivos en poder de los musulmanes. Los que abrazaron, hace setecientos setenta y cinco años, este Instituto, además de los votos de pobreza, castidad y obediencia, hicieron el cuarto voto de quedarse como rehenes para liberar a los cautivos. De esta manera, trataban de continuar la obra redentora y liberadora de Jesucristo, que vino a este mundo, nacido de una Mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los hombres que se hallaban cautivos bajo la ley, cautivos bajo el pecado, a fin de liberarnos de esa cautividad y merecernos la libertad de los hijos de Dios... "De modo que ya no eres esclavo, sino hijo; y, si hijo, también heredero por voluntad de Dios".

Los Mercedarios y las Misioneras Mercedarias también actualmente deben empeñarse en la nueva evangelización; en una auténtica evangelización, que influya efectivamente en la promoción humana de nuestros pueblos y en su cultura cristiana. Una evangelización que influya en la promoción humana y en la transformación de la sociedad es una evangelización auténticamente liberadora. Esta evangelización puede liberar al hombre de las esclavitudes del pecado y de todas las esclavitudes que provienen de las consecuencias del pecado: la injusticia, la dominación y dependencia de unos pueblos con respecto de otros: de unos hombres con respecto de otros.

Los Mercedarios y las Mercedarias deben empeñarse en esta evangelización liberadora, que no necesita de ideologías ateas y materialistas para fundamentar una Teología de la liberación. La verdadera Teología de la liberación se fundamenta en el evangelio y en el amoroso designio salvífico de Dios, que quiere rescatar al hombre de toda esclavitud producida por el pecado y quiere comunicarle la dignidad y la libertad de hijo de Dios.

El apostolado actual de la Orden de la Merced debe orientarse a esta evangelización liberadora y a todo apostolado que esté encaminado a la redención de todos los actualmente esclavizados por las estructuras sociales, como los marginados, los encarcelados. Está bien que la pastoral penitenciaria haya sido asumida principalmente por los Mercedarios en nuestra Patria.

La Orden de la Merced fue fundada por inspiración de la Sma. Virgen, Nuestra Señora de la Merced. María de la Merced se presentó desde el principio a los primeros mercedarios como la Virgen liberadora. Como por María nos vino el Redentor y Liberador... "Dios envió a su Hijo nacido de una mujer"... Así también por María vino a la Iglesia la redención de los cautivos.

La Orden de la Merced tiene también actualmente el compromiso de seguir fomentando y difundiendo en la Iglesia y en el mundo la verdadera devoción a la Sma. Virgen María. Actualmente los Mercedarios y las Mercedarias deben cultivar y fomentar la devoción a Nuestra Madre de la Merced como a la Virgen liberadora y como a la "Estrella de la nueva evangelización".

Mirando a María, procuremos aprender de Ella y enseñar a nuestros fieles una fe que acepte el Evangelio con adhesión plena, que lo viva con coherencia y que sepa mantenerse firme en la oscuridad de un mundo que, en algunos aspectos, está paganizado.

Oremos a la Sma. Virgen María con las palabras del Papa:
"Madre nuestra Santísima.
en esta hora de la Nueva Evangelización,
ruega por nosotros al Redentor del hombre;
que El nos rescate del pecado
y de cuanto nos esclaviza;
que nos una con el vínculo de la fidelidad
a la Iglesia y a los pastores que la guían.

Muestra tu amor de Madre a los pobres,
a los que sufren y a cuantos buscan el Reino de tu Hijo.

Alienta nuestros esfuerzos por construir
el Continente de la esperanza solidaria,
en la verdad, la justicia y el amor.

Agradecemos profundamente el don de la fe
y glorificamos contigo al Padre de las Misericordias
por tu Hijo Jesús en el Espíritu Santo.
Amén.

Homilía pronunciada por Mons. Antonio J. González Z., Arzobispo de Quito, en la Misa celebrada en la Basílica de la Merced de Quito, el día martes 10 de Agosto de 1993, con ocasión del 775º aniversario de la fundación de la Orden de Nuestra Señora de la Merced para la redención de los cautivos.

Quinto Aniversario de la muerte de Mons. Leonidas Proaño

"Yo soy el buen pastor. El buen pastor da su vida por las ovejas" (Jn 10, 11)

Estimados hermanos sacerdotes concelebrantes, hermanas y hermanos en el Señor:

Hoy, 31 de agosto de 1993, se cumple el quinto aniversario del fallecimiento de Mons. Leonidas Proaño Villalba, quien había desempeñado el cargo pastoral de Obispo de Riobamba y desempeñaba entonces, dentro de la Conferencia Episcopal Ecuatoriana, el cargo de Presidente del Departamento de Pastoral indígena.

Mons. Proaño pasó de este mundo a la eternidad en la Casa Sacerdotal del Sagrado Corazón de Jesús, de la Armenia, el 31 de agosto de 1988, y su muerte terrena fue muy sentida por el pueblo ecuatoriano y llorada especialmente por los indios de nuestra Patria.

Con la muerte no se ha extinguido la personalidad o la obra de quien, por su actividad pastoral, fue denominado el "Obispo de los pobres" o el "Obispo de los indios".

Precisamente porque el recuerdo de Mons. Leonidas Proaño permanece vivo entre las comunidades indígenas de la diócesis de Riobamba y del Ecuador, en las comunidades eclesiales de base, en las organizaciones populares y en toda la Iglesia que peregrina en el Ecuador, hoy nuevamente nos volvemos a congregar, en asamblea orante, en esta Iglesia Catedral Metropolitana de Quito, madre de todas las iglesias del Ecuador, para celebrar esta Eucaristía, actualización sacramental del misterio pascual de Jesucristo. En esta Eucaristía podemos renovar el recuerdo de algunos aspectos de la vida y actividad pastoral de Mons. Proaño y en ella podemos pedir a Dios la plena participación de Mons. Proaño en el misterio pascual y la glorificación de su servidor bueno y fiel.

Aspectos de la vida y actividad pastoral de Mons. Proaño

La primera lectura, tomada de la Carta a los Hebreos, nos da una clara y exacta definición del Sacerdote o Pontífice: "Todo Sumo Sacerdote es tomado de entre los

hombres y está puesto en favor de los hombres en lo que se refiere a Dios, para ofrecer dones y sacrificios por los pecados y puede sentir compasión hacia los ignorantes y extraviados... Y nadie se arroga tal dignidad, sino el llamado por Dios, lo mismo que Aarón" (Hb 5, 1-4).

Esta definición de Sacerdote o Pontífice se cumplió plenamente en Mons. Leonidas Proaño. El fue llamado por Dios al ministerio sacerdotal desde antes de su nacimiento, acaecido en San Antonio de Ibarra, el 29 de enero de 1910. Correspondió generosamente al llamamiento divino y se preparó en el Seminario Menor de Ibarra y luego en el Seminario Mayor "San José" de Quito, hasta recibir la ordenación sacerdotal el 29 de junio de 1936, a la edad exacta de 26 años y cinco meses. El fue tomado de entre los hombres, de entre el pueblo de Imbabura y constituido en favor de los hombres en lo que se refiere a Dios. Ya sacerdote se sintió constituido en favor de los hombres, en favor del pueblo y, por eso trabajó con celo pastoral en la fundación de la "Juventud Obrera Católica" (JOC) de Ibarra, en la educación católica de la juventud y en la formación de los seminaristas del Seminario "San Diego". Trabajó también en los medios de comunicación social, para transmitir la verdad a la opinión pública y fundó el periódico "La Verdad" de Ibarra. En la Verdad desarrolló también sus actitudes de escritor y de poeta. Mons. Proaño escribió varios libros, sobre todo de carácter pastoral. Una de sus obras, "Educación liberadora" ha sido lanzada en estos días.

El 18 de marzo de 1954, cuando tenía 44 años de edad, fue elegido Obispo de Riobamba, sede que había quedado vacante por la muerte de Mons. Ordóñez.

Recibió la ordenación episcopal el 26 de mayo de 1954. En el desempeño de su cargo pastoral en Riobamba, Iglesia a la que sirvió por más de treinta años, hasta el 29 de enero de 1985, imitó con fidelidad a Jesucristo, el Buen Pastor, que conoce a sus ovejas y sus ovejas le conocen a él. En ese tiempo la diócesis de Riobamba era más extensa que ahora, porque abarcaba también la provincia de Bolívar. Visitó todas las parroquias, para conocer a todas las ovejas del rebaño que el Señor había confiado a su cuidado pastoral. Este conocimiento de buen pastor lo inclinó a dar mayor atención a los pobres, a los más abandonados, a los indígenas de la provincia de Chimborazo. Por disposición y con la ayuda de la Conferencia Episcopal Ecuatoriana se fundó en Riobamba el sistema de "Escuelas Radiofónicas", destinadas principalmente a la alfabetización y a la promoción cultural y humana de los indígenas y campesinos.

Desde 1962 hasta 1965 participó, como padre conciliar, en el Concilio Vaticano II y, después del Concilio, procuró aplicar en su diócesis todas las directivas y orientaciones conciliares que tendían a una renovación de la Iglesia y de su acción pastoral. El Concilio se propuso el "aggiornamento" de la Iglesia, a fin de que ésta pudiera cumplir su misión pastoral de acuerdo a las necesidades y exigencias del mundo contemporáneo. Mons. Proaño renovó la pastoral en la diócesis de Riobamba, insistiendo más en la evangelización que en la sacramentalización. Trató de que la evangelización fuera concientizadora y liberadora. Así dio inicio a las misiones renovadas en las que buscó la participación de servidores surgidos de las mismas comunidades cristianas. Insistió en la formación de "Comunidades eclesiales de base", a fin de revitalizar la vivencia comunitaria de las parroquias y de la diócesis. Tomó en serio la opción preferencial por los pobres, a la que se comprometió la Iglesia de América Latina en las Conferencias generales del Episcopado Latinoamericano de Medellín en 1968 y de Puebla en 1979. Mons. Proaño participó, como miembro, en aquellas dos célebres Conferencias. Los indios, tan numerosos en la provincia de Chimborazo, fueron los preferidos en su servicio pástoral. Con razón mereció los títulos de "Obispos de los pobres" o de "Obispo de los indios". El título de "Obispo de los indios" mereció una ratificación de parte de la Conferencia Episcopal, cuando ésta le nombró Presidente del Departamento de pastoral indígena, una vez que Mons. Proaño quedó libre de su cargo pastoral de Obispo de Riobamba, cuando cumplió 75 años de edad.

Mons. Proaño orientó su acción pastoral, con mayor preferencia, a los pobres y a los indios e insistió en la promoción y liberación de los sectores marginados del pueblo, no por inspiración o motivación de carácter ideológico o político, sino guiado por la verdadera Teología de la liberación. Mons. Proaño fue siempre un Obispo fiel a la Iglesia Católica. Trabajó siempre en plena comunión con la Conferencia Episcopal Ecuatoriana. Todo su celo pastoral brotaba de su amor a Jesucristo, de su plena adhesión a la Iglesia y de su amor evangélico a los pobres.

Imitó a Jesucristo, el Buen Pastor

Mons. Leonidas Proaño en su vida y en su actividad pastoral supo imitar perfectamente a Jesucristo, el Buen Pastor, que conoce a sus ovejas y ellas le conocen a él; supo imitar, en la última etapa de su vida, a Jesucristo el Buen Pastor, que da su vida por las ovejas. No se comportó como el asalariado, que no es pastor o a quien no pertenecen las ovejas, que, cuando ve venir al lobo o cuando arrecia el peligro,

abandona las ovejas y huye.

Monseñor Proaño cuidó de los indígenas hasta los últimos días de su vida. Ya en el lecho del dolor estableció la fundación "Indio ecuatoriano", a la que confió algunos ahorros personales que había tenido, para dedicarlos a la pastoral en favor de los indios.

Mons. Proaño dio su vida por las ovejas, cuando encomendó su espíritu al Señor, en la Casa sacerdotal del "Sagrado Corazón" de la Armenia, el 31 de agosto de 1988.

En esta Eucaristía, actualización sacramental del Misterio Pascual de Jesucristo, pidamos a Dios que conceda a su servidor bueno y fiel el descanso de los justos, como premio de su trabajo pastoral, y le haga participar plenamente de la gloria de Cristo resucitado, puesto que ya le hizo participar, hace cinco años, de su muerte redentora.

Señor, concédele el descanso eterno y que brille para él la luz perpetua de la gloria. Así sea.

Homilía pronunciada por Mons. Antonio J. González Z., Arzobispo de Quito, en la Misa concelebrada en la Catedral Metropolitana de Quito, el martes 31 de agosto de 1993, en el quinto aniversario de la muerte de Mons. Leonidas Proaño V.

ADMINISTRACION ECLESIASTICA

Nombramientos

JULIO

20 Al Rvdo. P. Gelacio Gaona Suárez, Vicario Parroquial y Síndico de Santa Mariana de Jesús.

26 Al Rvdo. P. Emmanuel de Bézenac, SS.CC., Párroco de San Joaquín y Santa Ana.

28 Al Rvdo. P. Pedro Bretzinger, Párroco de Corpus Christi.

28 Al Rvdo. P. Vidal Gutiérrez, Vicario Parroquial de Corpus Christi.

28 Sr. John Chevarrea, Presidente de la Directiva de la Pastoral de los Trabajadores.

28 Sra. Eloísa Guevara de Cuisana, Vicepresidente de la Directiva de la Pastoral de los Trabajadores.

28 Al Sr. Roberto Taipe, Secretario de la Directiva de la Pastoral de los Trabajadores.

28 Al Sr. Patricio Játiva, Tesorero de la Directiva de la Pastoral de los Trabajadores.

28 Al Sr. Juan Yépez, Vocal de la Directiva de la Pastoral de los Trabajadores.

29 Al Rvdo. P. Xavier Santiago Cachago Díaz, Párroco y Síndico de Jesús del Gran Poder de Palma Real.

AGOSTO

03	Al Rvdo. P. Pedro Efraín Sevilla Olmos, Vicario Parroquial de Sangolquí.
03	Al Rvdo. P. Luis Fabián Ochoa Robles, Vicario Parroquial de Ntra. Sra. de la Paz.
09	Al Rvdo. P. Uber Francisco Rendón Navarrete, Párroco y Síndico de Nono.
12	Al Rvdo. P. Walter Jeová Heras Segarra, OFM., Asesor Arquidiocesano de la Pastoral de los Trabajadores.
13	Al Rvdo. P. Froilán Avelino Serrano Romero, Copárroco de Ntra. Sra. de Fátima de El Batán.
13	Al Rvdo. P. Juan Cantero, OCD., Confesor Ordinario del Monasterio del Carmen Bajo.
13	Al Rvdo. P. José Mauricio Sanango Palaguachi, Párroco y Síndico de Píntag.
23	Al Rvdo. P. Jimy Rock Díaz Ponce, Párroco y Síndico de Atahualpa y Perucho.
24	Al Rvdo. P. Rodrigo Flores Pesantes, Párroco y Síndico de Otón.
31	A Mons. Luis E. Cadena y Almeida, Confesor Ordinario del Monasterio de Santa Catalina de Sena.

Ordenaciones

JULIO

15 En la Iglesia de San Francisco, a las 19h00, el Excmo. Mons. Antonio J. González Z., Arzobispo de Quito, confirió el Orden Sagrado del Diaconado a Fray Angel Heriberto Ibarra Bastidas, religioso profeso de votos perpetuos de la Orden de Frailes Menores.

AGOSTO

14 A las 09h30, en la Iglesia de San Francisco, el Excmo. Mons. Antonio J. González Z., Arzobispo de Quito, confirió el Orden Sagrado del Presbiterado a los Rvdos. Sres. Carlos Hermel Amendaño Anguisaca, Angel Heriberto Ibarra Bastidas y Pablo Aníbal Rivera Moreno, Diáconos de la Orden de Frailes Menores.

29 En la Iglesia parroquial de Santa Rita de Casia de Conocoto, el Excmo. Mons. Antonio J. González Z., Arzobispo de Quito, confirió el Ministerio del Acolitado al Sr. Guido Edmundo Bass Ayala, seminarista de la Arquidiócesis de Quito; y el Orden Sagrado del Presbiterado al Rvdo. Sr. Frank Yuri Acosta Silva, Diácono de la Orden de San Agustín.

Decretos

JULIO

22 Decreto de erección de la Parroquia eclesiástica de San Joaquín y Santa Ana.

26 Decreto de erección de un Oratorio en las Oficinas de Pastoral Social.

30 Decreto de erección de un Oratorio en la Casa Provincial "La Inmaculada Concepción" de Hermanas Franciscanas Misioneras de la Inmaculada.

AGOSTO

05	Decreto de erección de un Oratorio en la Sede del Instituto Misionero "Santa María de Guadalupe".
06	Decreto de erección del Noviciado de la Comunidad de Jesucristo en la Armenia.
13	Decreto de erección del Noviciado de las Hermanas de la Caridad Dominicas de la Presentación en Quito.

SEPTIEMBRE

08	Decreto de erección de la Casa de Espiritualidad "María Auxiliadora" del Instituto de María Auxiliadora en Cumbayá.

DECRETO

DE ERECCION DE LA PARROQUIA ECLESIASTICA DE SAN JOAQUIN Y SANTA ANA

Antonio J. González Z.,
por la gracia de Dios y de la Sede Apostólica
Arzobispo de Quito.

CONSIDERANDO:

1. Que los barrios de Santa Anita, Bellavista, San José, El Bosque, El Triunfo, Nuevos Horizontes, Ruperto Alarcón, Santa Ana, Santa María y otros menores, situados en la parte norte de la parroquia eclesiástica de los Sagrados Corazones de San Carlos, han experimentado un notable crecimiento demográfico, de tal manera que se hace necesario proveerles de un cuidado pastoral más esmerado y permanente;

2. Que dichos barrios cuentan con iglesia y centro parroquial propios, donde la comunidad cristiana puede reunirse para celebrar el culto religioso y realizar actividades de carácter pastoral y social, bajo la dirección del párroco; y

3. Que no es posible atender debidamente al cuidado espiritual de dichos barrios si no es mediante la erección de una nueva parroquia eclesiástica.

Oído el parecer favorable del Consejo de Presbiterio, consultado el Rvdo. Padre Párroco de los Sagrados Corazones de San Carlos y en uso de las facultades que Nos competen según el canon 515, párrafo 2, del Código de Derecho Canónico vigente,

ERIGIMOS Y CONSTITUIMOS EN PARROQUIA ECLESIASTICA LOS BARRIOS DE SANTA ANITA, BELLAVISTA, SAN JOSE, EL BOSQUE, EL TRIUNFO, NUEVOS HORIZONTES, RUPERTO ALARCON, SANTA ANA, SANTA MARIA Y OTROS MENORES EN PROCESO DE FORMACION.

Los Patronos de la nueva parroquia eclesiástica serán San Joaquín y Santa Ana, los cuales serán, al mismo tiempo, Titulares de la Iglesia parroquial.

Los límites de la nueva parroquia eclesiástica de San Joaquín y Santa Ana serán los siguientes:

AL NORTE: El camino de herradura que queda al norte de la quebrada Rumiurco, desde la Avenida Occidental hasta juntarse con la quebrada Singuna, colindando con la parroquia eclesiástica de Santa Cruz de Casitagua;

AL SUR: La calle Flavio Alfaro, subiendo por la loma de Atuhaycu para abarcar los barrios El Bosque y El Triunfo, hasta juntarse con la quebrada Rumiurcu;

AL ESTE: La Avenida Occidental; y

AL OESTE: Hasta las estribaciones habitables del Pichincha.

La parroquia eclesiástica de San Joaquín y Santa Ana deberá ser una comunidad de comunidades y de movimientos, que acoge las angustias y esperanzas de los hombres, anima y orienta la comunión, participación y misión; y deberá cumplir su misión de evangelizar, de celebrar la liturgia, de impulsar la promoción humana, y de adelantar la inculturación de la fe en las familias, en las comunidades de base, en

los grupos y movimientos apostólicos y, a través de ellos, en la sociedad (Santo Domingo Nº 58).

El Párroco de San Joaquín y Santa Ana coordinará sus actividades pastorales con el Equipo sacerdotal de "Quito Norte" y con la Zona pastoral del mismo nombre.

Damos, pues, POR ERIGIDA Y CONSTITUIDA LA NUEVA PARROQUIA ECLESIASTICA DE SAN JOAQUIN Y SANTA ANA y ordenamos que el presente decreto sea leído públicamente en la nueva parroquia y en la parroquia de los Sagrados Corazones de San Carlos.

Dado en Quito, en el Palacio Arzobispal, a los 23 días del mes de Julio del año del Señor de 1993.

† Antonio J. González Z.,
ARZOBISPO DE QUITO

† Héctor Soria S.,
CANCILLER

INFORMACION ECLESIAL

En el Ecuador

775º aniversario de la fundación de la Orden de la Merced

En este año de 1993 se cumplen los 775 años de la fundación de la Orden de Nuestra Señora de la Merced para la redención de los cautivos. En efecto esta Orden fue fundada en Barcelona, el 10 de agosto de 1218. En esa fecha San Pedro Nolasco, juntamente con otros compañeros, recibió en la Catedral de Barcelona, de manos del Obispo Berengario, el hábito de la Orden de la Merced y formuló los tres votos de la profesión religiosa, añadiendo un cuarto voto de destinar su fortuna o entregarse él mismo en rescate de los cristianos cautivos de los mahometanos. El rey Jaime de Aragón patrocinó la nueva Orden, concediéndole una parte del palacio para habitación de los frailes, y dándoles también como insignia su escudo real.

La Provincia Mercedaria del Ecuador ha celebrado este año jubilar con varios actos realizados a lo largo del año, con una celebración más solemne de la novena y fiesta del 24 de septiembre y con una solemne Eucaristía, celebrada en la Basílica de la Merced, el 10 de agosto de 1993, día en que se cumplieron exactamente los 775 años de la fundación.

En este año se celebra también el 75º aniversario de la coronación canónica de la veneranda imagen de Nuestra Señora de la Merced de Quito. ■

Sextas Jornadas Misioneras

La Dirección Nacional de las Obras Misionales Pontificias del Ecuador ha organizado las Sextas Jornadas Misioneras para sacerdotes, religiosas, agentes de pastoral, formandos, grupos juveniles, etc.

Estas Jornadas se llevaron a cabo en el Seminario Mayor "San José" de Quito desde el lunes 13 hasta el viernes 17 de septiembre de 1993, de 9 a.m. a 5 p.m., celebrándose la Eucaristía a las 4 p.m.

También el P. Romeo Ballán, mccj, y la Hna. France Royer-Martel del Equipo Pos SOMLA 4 (Perú) dirigieron estas jornadas de reflexiones misioneras. Los temas que se desarrollaron fueron los siguientes:

- La responsabilidad misionera de América Latina.
- La realidad misionera de Africa, Asia, Europa y América Latina.
- Testimonios misioneros. ■

Una Semana Misionera para Ejercicios Espirituales

La Dirección Nacional de las Obras Misionales Pontificias organizó una Semana Misionera para Ejercicios Espirituales para religiosos y religiosas. Se organizaron estos ejercicios espirituales en la Casa de ejercicios de San Patricio de Cumbayá, del 6 al 11 de septiembre de 1993. Dirigieron estos ejercicios espirituales el P. Romeo Ballán, mccj, y la Hna. France Royer-Martel del equipo PosCOMLA 4 (Perú).

El objetivo de estos ejercicios espirituales fue el de motivar e intensificar el espíritu misionero universal. ■

Nueva casa para el Noviciado de los Mercedarios

La Provincia del Ecuador de los PP. Mercedarios ha construido una nueva casa para el Noviciado de la orden. El nuevo Noviciado de los Mercedarios del Ecuador ha sido construido en el Centro de Formación Mercedaria "Fray Francisco de Jesús Bolaños" en Parcayacu.

La nueva casa del Noviciado Mercedario fue inaugurada el viernes, 3 de septiembre de 1993, a las 11h00. Impartió la bendición a este nuevo Noviciado Mons. Emil Lorenzo Sthele, Obispo Prelado de Santo Domingo de los Colorados.

Anhelamos que este nuevo Noviciado contribuya al crecimiento de las vocaciones para la Orden de la Merced. ■

Ordenación episcopal de Mons. Pedro Gabrielli Zen, S.D.B.

Mons. Pedro Gabrielli Zen, S.D.B., quien fue nombrado por la Santa Sede Obispo titular y Vicario Apostólico de Méndez, recibió la ordenación episcopal, en el Santuario Catedral de la Purísima de Macas, el día domingo 19 de septiembre de 1993, a las 10h00.

El Señor Nuncio Apostólico, Mons. Francesco Canalini fue el consagrante principal y participaron en esta ceremonia de ordenación varios Obispos del Ecuador. ■

Inauguración de nuevas casas religiosas en la Arquidiócesis

El domingo 8 de agosto de 1993, Mons. Antonio J. González Z., Arzobispo de Quito, bendijo una nueva casa religiosa que las Hnas. del Sagrado Costado inauguraron en la parroquia eclesiástica "San Judas Tadeo" en la cooperativa "Roldós Aguilera" al noroccidente de la ciudad de Quito. Desde esta nueva casa las Hnas. del Sagrado Costado atenderán pastoralmente a los moradores de esa parroquia eclesiástica, en el centro médico que ya funciona en ese mismo lugar y, más tarde, en un centro educativo. Ese mismo día se inauguró en esa parroquia una biblioteca popular.

A las 16h00 de ese mismo domingo,

Mons. Antonio J. González Z., Arzobispo de Quito, bendijo la nueva casa religiosa de la Comunidad de Jesucristo, compuesta por religiosas coreanas, que ha sido edificada en el barrio de la "Armenia", en el valle de los Chillos. Esta casa servirá, sobre todo, para Noviciado de la Comunidad de Jesucristo. ■

7º Capítulo Provincial de las Hermanitas de la Anunciación

La Provincia de San José de las Hermanitas de la Anunciación, con sede en Cali, celebró su séptimo Capítulo Provincial, del 5 al 15 de agosto de 1993 en Potrerillo, Palmira, Colombia.

En este Capítulo Provincial se hizo una revisión del trabajo de las casas religiosas de la provincia y se deliberó sobre la Nueva Evangelización en la que deben empeñarse las religiosas y sobre la manera de responder adecuadamente a las necesidades de las Hermanitas de la Provincia y de la Iglesia de hoy.

Las casas religiosas que las Hermanitas de la Anunciación tienen en el Ecuador pertenecen a la Provincia de San José de Cali. ■

III Encuentro Latinoamericano de Pastoral Bíblica

Desde el 18 hasta el 23 de octubre del año en curso se ha llevado a cabo en Quito, en el Centro de Espiritualidad "San Patricio" de Cumbayá el III Encuentro Latinoamericano de Pastoral Bíblica. Este Encuentro ha sido organizado por la Coordinación Subregional de la "Federación Bíblica Católica Latinoamericana", cuyo Director es el P. Gerardo Mellert, sdb.

El tema de este Encuentro será el siguiente: "Una lectura fiel de la Biblia". Se buscará confirmar la doble fidelidad: fidelidad al texto, teniendo en cuenta los adelantos de la exégesis y las orientaciones del magisterio de la Iglesia, y fidelidad al hombre, a quien va dirigido el mensaje bíblico.

Asistirán a este III Encuentro representantes de los miembros de la Federación Bíblica Católica Latinoamericana, que son 18 Conferencias Episcopales y 50 organizaciones católicas. ■

En el mundo

Pésame del Papa por la muerte del Balduino I, Rey de Bélgica

Balduino I, rey de los belgas, falleció repentinamente, a consecuencia de un ataque cardíaco, al atardecer del sábado 31 de julio de 1993, en Motril (Granada, España), donde pasaba unos días de vacaciones, acompañado de su esposa, la reina Fabiola. El rey iba a cumplir 63 años de edad el 7 de septiembre y gobernaba Bélgica desde hacía más de cuarenta años.

El Papa Juan Pablo II envió telegramas de pésame a la reina Fabiola de Bélgica y al primer ministro del reino de Bélgica.

En el telegrama a la reina Fabiola decía: "Al recibir con emoción y tristeza la noticia del fallecimiento de su majestad el rey Balduino I, arrebatado tan súbitamente al afecto de los suyos y de todo el pueblo, quiero asegurar a su majestad y a los miembros de la familia real que comparto su dolor. Al recordar la gran figura de su esposo, rey ejemplar y cristiano ferviente, pido con fervor al Señor que lo acoja en la luz de la resurrección y le dé la recompensa prometida a quienes con fe y amor se han puesto al servicio de sus hermanos". ■

XV aniversario de la muerte del Papa Pablo VI

El Papa Pablo VI falleció, hace quince años, el 6 de agosto de 1978, fiesta de la Transfiguración del Señor.

En Roma se conmemoró este XV aniversario de la muerte del Papa Montini con una Misa que celebró, el viernes 6 de agosto de 1993, a las 11 de la mañana, el Cardenal Virgilio Noé, vicario de Su Santidad para la ciudad del Vaticano.

Esta Eucaristía se celebró en el altar de la tumba de San Pedro, en la cripta de la patriarcal basílica vaticana. El Papa Pablo VI fue el autor de la Encíclica "Humanae Vitae", publicada en 1968, hace veinticinco años. ■

Nuevo Concordato entre la Santa Sede y Polonia

El 28 de julio de 1993 Mons. Józef Kowalczyk, Nuncio Aspotólico en Varsovia, y el señor Krzysztof Skubiszewski, Ministro de Asuntos Exteriores de Polonia, firmaron el nuevo Concordato entre la Santa Sede y la República de Polonia. Dicho acto solemne se celebró en el Palacio de Gobierno, en presencia del Presidente de la República, señor Lech Walesa y de la señora Hanna Suchocka, primera ministra. Por parte de la Iglesia participaron el Cardenal Franciszek Macharski, arzobispo de Cracovia, como representante oficial de

la Conferencia Episcopal polaca.

El Concordato constituye un reconocimiento bilateral de una nueva relación entre la Iglesia y el Estado, que se instauró después de 1989.

Comprende, entre otras cosas, el reconocimiento de la personalidad jurídica de la iglesia y de sus instituciones, el libre ejercicio de su misión; la enseñanza de la religión en las escuelas públicas, la posibilidad de instituir y dirigir centros de instrucción y educación y el cuidado pastoral de los militares. ■

60º Viaje Apostólico de Juan Pablo II a Jamaica, México y EE.UU.

Del 9 al 16 de agosto de 1993, S.S. el Papa Juan Pablo II realizó su sexagésimo Viaje Apostólico y el 13º a América, para visitar Jamaica, México y los EE. UU. de Norteamérica.

Con este Viaje Apostólico el Papa Juan Pablo II quiso ponerse en contacto con la población negra de la Isla de Jamaica, visitar a las comunidades indígenas de América Latina —cosa que no pudo hacer cuando vino a Santo Domingo con ocasión de los 500 años del inicio de la Evangelización de América— y para presidir la VIII Jornada Mundial de la Juventud en Denver (EE.UU.).

Juan Pablo II visitó Jamaica el lunes 9 y el martes 10 de agosto. El miércoles 11 de agosto pasó a Mérida en México, en donde tuvo ese día, a las 11h45 el encuentro con los representantes de las comunidades indígenas en el Santuario de Nuestra Señora de Izamal, dedicado a la Inmaculada Concepción, Reina y Patrona de Yucatán. Esa misma tarde, a las 18h30 Juan Pablo II presidió la Concelebración de la Eucaristía para la población de Mérida y para las poblaciones indígenas de América Latina en la explanada de Xoclán-Mulsay.

El jueves 12 de agosto pasó a los EE.UU., a fin de presidir en Denver la Jornada Mundial de la Juventud 93. Los actos principales de la Jornada fueron: el encuentro del Santo Padre con los jóvenes, procedentes de todo el mundo, en el "Cherry Creek State Park", en donde los jóvenes realizaron una vigilia, y la Santa Misa presidida por el Papa, para los jóvenes, a las 9h30 de la mañana del domingo 15 de agosto de 1993 en el mismo "Cherry Creek State Park". En la homilía de esta Misa el Papa dirigió a los jóvenes el mensaje propio de esta Jornada Mundial de la Juventud de este año 1993. ■

Mensaje de la Jornada Mundial de la Paz 1994 dedicado a la Familia

Como 1994 ha sido proclamado por las Naciones Unidas, el Año Internacional de la Familia, el Santo Padre ha decidido dedicar su mensaje para la Jornada Mundial de la Paz 1994 a la familia y a la paz. El slogan del mensaje es: "En la familia se construye la paz de la familia humana".

El comunicado de la Oficina de Prensa de la Santa Sede que anuncia el mensaje dice: "Es en la familia donde se descubre el plan de Dios para cada uno,

donde nos abrimos al mundo, donde se aprende a darse a los demás, a contribuir al bien común. Es Dios mismo quien ha querido que la familia se fundase en las relaciones de comunión, de respeto, de responsabilidad y de apertura hacia los demás, es decir, en la paz".

Y añade. "La Iglesia continúa ofreciéndose a ayudar a las familias en la transmisión de los valores sobre los que se construye la paz, y a sostenerlas en las situaciones difíciles que deben afrontar en el mundo de hoy. El Santo Padre quiere, de modo particular este año, invitar a todas las familias a dedicarse generosamente a la construcción de la paz. Efectivamente, "en la familia se construye la paz de la familia humana". ■

Mensaje del Papa para la Jornada Mundial de las Misiones

En su mensaje anual para la Jornada Mundial de las Misiones fechado el 18 de junio, fiesta del Sagrado Corazón de Jesús, Juan Pablo II invita a los creyentes de todo el mundo "a proponerse la formación misionera de los niños, con la conciencia que la educación al espíritu misionero inicia desde una tierna edad".

El tema del Papa para esta carta es el mismo que el de la VIII Jornada Mundial de la Juventud del mes próximo: "Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia". "Estas palabras de Jesús -añadió-, expresan el significado y la finalidad de su misión en el mundo".

Señaló que "educar al Evangelio de la vida es la gran tarea de la familia y de la misma comunidad cristiana", en particular educar a los jóvenes. A su vez, el Santo Padre afirmó que los niños "con candor inocente y con disponibilidad generosa pueden atraer a la fe a sus amigos pequeños y ayudar a hacer brotar en los adultos la nostalgia de una fe más ardiente y gozosa".

Hizo hincapié en el CL aniversario de la Obra Pontificia de la Santa Infancia que "defiende el derecho de los niños a crecer en su dignidad de hombres y de creyentes".

La Jornada Mundial de las Misiones se celebra tradicionalmente el tercer domingo de octubre, cuando se hace una colecta en todas las iglesias del mundo en beneficio de la obra misionera. Juan Pablo II pidió a los fieles que sean generosos, especialmente con "la ayuda material a los niños menos privilegiados. En este espíritu, se destinará la colecta de este año, entre otras cosas, a asistir a esta parte de la infancia mundial que vive en condiciones infrahumanas".

Es necesario también la generosidad económica, señaló, para edificar iglesias y capillas nuevas, para el sustento y la formación de los seminaristas y de los catequistas y para publicar material religioso.

Expresó la esperanza de que el empeño en la evangelización y en la promoción humana den como fruto nuevas vocaciones religiosas, especialmente en el campo misionero, porque "sigue aumentando el número de aquellos a quienes la Iglesia debe llevar el mensaje de la salvación". El Santo Padre expresó su gratitud por los misioneros que, "con energía física y espiritual" se dedican a la evangelización, a veces "a costa de sus propias vidas". ■

EL BOLETIN ECLESIASTICO

de la Arquidiócesis de Quito

fiel a los objetivos fijados hace cien años, recoge en sus páginas los documentos más importantes de la Santa Sede, el CELAM, la Conferencia Episcopal Ecuatoriana y la Arquidiócesis de Quito como un servicio a los sacerdotes, comunidades religiosas y laicos comprometidos.

No debe faltar en ninguna biblioteca católica.

Desde su primera aparición en 1893, por mandato del Arzobispo de Quito, los Vble. Párrocos están obligados a suscribirse y a conservarlo debidamente encuadernado por tomos en el Archivo Parroquial.



